

# Antología

Relatos y poemas

## Generación del 14

Maig Literari 2021



Foto portada: Pasarela Ángel González, poeta.

# ANTOLOGÍA

Relatos y poemas

GENERACIÓN DEL 14

Maig Literari 2021 - PICANYA



1a edició: mayo 2021

Edita: Ajuntament de Picanya



# Índice

<u>MARIO CABALLERO</u>	<u>9</u>	<u>MAJO JUAREZ</u>	<u>27</u>
-Las campanas de Verona		-La noche que Dios habló	
-La caverna		-Doce de mayo	
<u>MARIBEL BASCONES</u>	<u>13</u>	<u>GUSTAVO ZARAGOZA</u>	<u>33</u>
-Mi calle en silencio		-El forastero	
-Les oronetes		-Extraños en un tren	
<u>SEFA LAFUENTE</u>	<u>15</u>	<u>XELO MAÑAS</u>	<u>37</u>
-Flores para Celia		-La prima Vera	
-Blanco roto		-Ante una hoja en blanco	
<u>CONSTANZE WALIÑO</u>	<u>19</u>	<u>R. FRAN DE ROIS</u>	<u>39</u>
-El abuelo		-Diario de un guionista	
-Mi amiga hace limpieza		-Fin de trayecto. El Bunquer K32	
<u>PAQUI SERRADOR</u>	<u>23</u>	<u>INES SAPIÑA</u>	<u>47</u>
-Hoy empieza el futuro de Roma		-Despedida	
-Ruta nocturna		-Calcetín rojo	
-La vida cotidiana		<u>ELENA NAVARRO ESLAVA</u>	<u>53</u>
-Otoño		-El reencuentro	
<u>AURE LERMA</u>	<u>25</u>	<u>MANU LECHA</u>	<u>57</u>
-A todos ellos		-Conformismo o la lucha por la libertad	
-On són les paraules		-Luz bella	



Parque Europa

# Presentación

La vida no es monocromática; tiene días tristes y otros alegres, momentos reflexivos y otros vitales, experiencias reales y otras imaginarias. También las vivencias de cada persona son diferentes. Por esa razón los relatos que componen este volumen no tienen una unidad temática, son una heterogénea muestra de relatos y poemas escritos por autores y autoras que, a partir de los talleres del *Maig Literari* de Picanya, nos hemos dedicado a explorar el fascinante mundo de la escritura creativa.

Al publicarlos solo pretendemos contribuir al *Maig Literari* del 2021 transfiriendo a los lectores y lectoras esa experiencia, y si al mismo tiempo conseguimos compartir con ellos y ellas esos momentos, esa tristeza o esa alegría que nos inspiró al escribirlos, esa satisfacción por encontrar una historia original y contarla de una forma atractiva, esa devoción por la escritura, nos daremos por satisfechas y satisfechos.

**CÍRCULO DE ESCRITORES Y ESCRITORAS**

**GENERACIÓN DEL 14**



Parque Panazol

## ■ LAS CAMPANAS DE VERONA

Cuando le informaron de que su vuelo de enlace en la escala de Verona se retrasaba hasta la noche, Marcos no se sintió contrariado; hacía tiempo que deseaba volver a aquella ciudad en la que empezó la etapa más feliz de su vida y ahora tenía unas horas para visitarla. Cogió el autobús del aeropuerto, bajó en el centro histórico, y allí buscó la hostería donde empezó todo.

La localizó enseguida en la Piazza delle Erbe, donde entonces se ubicaba el mercado de frutas y verduras y ahora se instalaban los puestos de venta de máscaras venecianas y otros artículos turísticos. Se sentó en la terraza, frente a la columna con el león alado símbolo de la República de Venecia, pidió un vino espumoso, y mientras contemplaba los frescos que adornaban las fachadas de los edificios cercanos, invocó la memoria de aquellos días.

Fue a finales de los años sesenta. Eran tiempos convulsos en todo el mundo; en París los estudiantes buscaban la playa bajo los adoquines, en California los hippies quemaban las banderas de barras y estrellas en protesta por la guerra de Vietnam, y en Checoslovaquia los tanques rusos aplastaban la esperanza de cambio en la Primavera de Praga. Él estudiaba Ciencias Económicas, y había acudido a Verona a una reunión convocada para coordinar estrategias de movilización en el movimiento universitario europeo. Ella estudiaba Filosofía y Letras, y había venido a un seminario de lingüística que impartía Umberto Eco en la universidad veronesa. Una noche, al salir de sus reuniones, los dos acudieron con sus amigos italianos a aquella hostería y allí se vieron, se reconocieron como compatriotas y se pusieron a hablar de lo que los había traído a aquella maravilla de ciudad, de sus inquietudes y de sus lecturas; él estaba bajo el influjo de Herman Hesse y su “Lobo Estepario”, ella acababa de descubrir a Eric Fromm y su “Arte de Amar”, y los dos eran seguidores de Sartre y Simone de Beauvoir. Poco a poco el tono de su voz se hizo más íntimo, sus cuerpos se fueron acercando, buscando el contacto del otro, aspirando sus alientos. Las miradas se hicieron cómplices, las sonrisas insinuantes, las palabras incitantes, y antes de que se dieran cuenta estaban entrelazando sus manos.

De pronto ella le hizo un guiño y le propuso escapar del grupo.

Eran las primeras horas de la madrugada de una noche tibia que olía a jazmín y a tierra húmeda. Él la cogió por la cintura y ella apoyó la cabeza en su hombro; así caminaron lentamente por el barrio viejo, oyendo sólo el sonido de sus pisadas en los empedrados de callejones oscuros y el maullido de algún gato en celo. Al pasar junto a la Arena terminaba una representación de Rigoletto, y las notas de un alegre cuarteto convertían en dobles corcheas los arcos del coliseo. Luego deambularon por la orilla del río víctimas del síndrome de Stendhal, y cuando llegaron al hotel se arrojaron a la cama arrancándose la ropa.

Allí hicieron el amor por primera vez, con mucho cariño primero, con ciega pasión más tarde, y por último con un salvaje estremecimiento en que se mezclaron besos, caricias, alientos y lamentos, hasta que cayeron rendidos en un dulce sueño.

Mientras tanto fuera empezaba a amanecer, y las campanas de Verona iniciaban su solemne volteo llamando a la primera misa.

Tres días después estaban de vuelta en España. Continuaron allí su romance, y pronto decidieron vivir juntos poniendo así a prueba la fortaleza de sus sentimientos y la solidez de sus convicciones, pero la prueba duró poco. Él vivía para la revolución social, para su partido y para la clase obrera; se convirtió en dirigente y fue adaptando su forma de pensar a las necesidades de permanencia en el cargo. Ella vivía para la revolución personal, para ella misma y para sus amigos; progresó en el mundo literario y se convirtió en una escritora de éxito. Así se fueron poco a poco distanciando, creando dos mundos estancos en los que solo compartían los gastos y los hábitos domésticos, hasta que un día ella le dijo que se iba a vivir en una comuna.

—¿Tú no eres comunista? Pues lo entenderás enseguida.

—Lo que entiendo es que quieres ser libre, y me parece muy bien. Yo también quiero serlo.

Así fue su despedida; triste, distante, resentida.

Pasaron los años. Marcos abandonó la política y se dedicó a ganar dinero como asesor financiero de grandes corporaciones para ayudarlas a evadir impuestos. Ella acabó escribiendo novelas anodinas apremiada por la necesidad de ganarse la vida. Todo eso les proporcionaba importantes ingresos, pero a los dos les agobiaba la mala conciencia.

Toda esa película pasó por su mente mientras se recreaba por última vez en las imágenes renacentistas de aquella plaza. Miró con infinita tristeza a un grupo de jóvenes universitarios que discutían en la mesa cercana sobre las injusticias del mundo, pagó su consumición, y volvió al aeropuerto.

Cuando consiguió el vuelo de enlace y llegó a España vio anunciada en la prensa la presentación de la última obra de la famosa escritora. Estaba ya de vuelta de todo, desengañado hasta del desengaño, y la visita a Verona había despertado en él el deseo de volver a verla, así que decidió asistir al acto.

Cuando llegó no había un alfiler en la sala, todos con un ejemplar en la mano. Ella estaba presentando su obra más atractiva que nunca, los años le habían añadido belleza. Se acomodó al fondo intentando que no le viera, pero de pronto ella alzó la mirada como si presintiera su presencia y le vio entre el público. La voz se le quebró un instante, pero recuperó enseguida el hilo y continuó su lectura. Y cuando al final del acto, armándose de valor, él le presentó el libro para que lo firmara, ella, sin levantar la vista, escribió en la primera página:

*¡Sueño todas las noches con las campanas de Verona!* ■

## ■ LA CAVERNA

Aquellos tres amigos tenían muchas diferencias, pero compartían dos cosas importantes, su forma de ganarse la vida y sus aficiones.

Los tres vivían de la política, en diferentes partidos con diferentes idearios, pero después de tantos años sentían que el espíritu corporativo era más fuerte que sus convicciones. Y a los tres les gustaba perderse de vez en cuando por la montaña para relajarse y aliviar las tensiones de los inevitables debates parlamentarios que tenían que escenificar para justificar sus salarios.

Así que aquel fin de semana decidieron darse una recompensa y hacer un recorrido por los montes cercanos. Cargaron con sus mochilas, sacos de dormir, provisiones y bastones, se despidieron de sus familias y salieron hacia el punto de partida para llegar allí temprano. Había que verlos con sus anoraks de marca, sus botas nuevas, sus chalecos multifunciones y sus sombreros de ala ancha componiendo una estampa de expertos exploradores.

Cuando iniciaron el trayecto el cielo estaba nublado, pero no hicieron caso, eran aventureros y estaban acostumbrados a soportar en el hemisferio todo tipo de riesgos y amenazas. La cosa se puso peor a media tarde; unos negros nubarrones empezaron a cubrir el cielo y empezaron a oírse truenos estremecedores, así que aligeraron el paso, pero en menos que canta un voto les alcanzó la tormenta y empezaron a caer torrentes de agua acompañada de granizo y rayos. Decidieron entonces buscar refugio, y cuando estaban ya desesperados encontraron en la falda de la montaña una gruta que se doblaba en el fondo hacia una profunda caverna. Allí se instalaron sintiéndose a salvo de la tormenta, encendieron una hoguera, sacaron sus provisiones, y se dispusieron a pasar la noche comiendo, bebiendo y fumando canutos de marihuana.

Pero cuando la droga y la bebida empezaron a hacer efecto empezaron a ver cómo las sombras que proyectaban en las paredes cercanas adquirían formas extrañas provocando en ellos espantosas alucinaciones.

Vieron una masa informe de gente que se agitaba desesperadamente como buscando una luz, una salida. Corrían de un lado a otro de la caverna angustiados mientras ellos los espoleaban con exaltados discursos y consignas. Sabían cómo hacerlo; les colocaban delante una promesa cuando querían que avanzaran, les colocaban detrás una amenaza para impedir que retrocedieran, siempre para conducirlos como un rebaño hacia el corral que ellos regentaban, y allí las sombras se transformaban en ovejas.

Hasta que en un momento determinado aquellas sombras se reconocieron en las ovejas que corrían desesperadas sin controlar su destino y, deteniendo su carrera, se tomaron una pausa, se agruparon formando un solo y gigantesco espectro, los miraron de frente, y empezaron a avanzar hacia ellos con los ojos inflamados de ira y sed de venganza. No pudieron evitarlo y les pasaron por encima aplastándolos con rabia mientras les escupían con desprecio.

Cuando despertaron el sol penetraba en la cueva y su luz cegadora había disuelto las sombras. Avivaron entonces el fuego para preparar el desayuno y en eso estaban cuando vieron entrar a un viejo, el pastor de un rebaño que apacentaba en el valle cercano y que había acudido a la gruta al ver salir el humo.

Al verlos con aquellas pintas se quedó parado, pero ellos lo invitaron a entrar y, después de presentarse alardeando de sus cargos en un tono ufano, le invitaron a compartir el desayuno pensando que aquel hombre quizá pudiera aportar alguna luz sobre el significado de su sueño.

—Os la puedo dar si queréis, pero prefiero daros el del sueño que no habéis soñado —les dijo cuando se los contaron.

—¿Qué sueño es éste? —preguntaron.

—El que soñáis cuando estáis despiertos, la fantasía de que gobernáis vosotros.

—¿Y no es eso cierto? —le respondieron.

—Nunca lo ha sido, pero ahora lo es menos —contestó el viejo, y añadió luego. —Hay un soberano supremo que os gobierna a vosotros y a vuestros gobiernos. No tiene rostro ni se presenta a las elecciones, pero gobierna el mundo entero.

—¿Y quién es ese ser supremo? —inquirieron expectantes.

—Aquél a quien habéis entregado todo el poder, el dinero.

Y diciendo esto dio media vuelta y desapareció disolviendo su figura en la luz radiante que entraba desde fuera. Ellos salieron corriendo tras él, pero ya no lo vieron. Solo vieron los abetos y las hayas, las flores silvestres y las matas de romero, las nubes y el cielo. Las cosas que no gobierna el dinero. ■

## ■ MI CALLE EN SILENCIO

Siempre me gustó el barrio y en especial esta calle. Cuando pasaba con la bicicleta me parecía otro mundo, se respiraba el olor de los naranjos en flor, se escuchaba el silencio. Ahora vivo entre sus gentes, entiendo muchas cosas. Las casas están planteadas como una gran corrala y el espacio de estar queda hacia dentro, a la manera de un capullo de seda y así tácitamente la intimidad queda protegida. Al estar situado el barrio a las afueras, la carretera no tiene tránsito, salvo, ir al campo a pasear.

Conozco también algunos vecinos, casi todos mayores, en verano están deseosos que caiga la tarde para sacar las sillas a la puerta y juntarse al corro. Amparín y su noble perro, Lucas, siempre saludando detrás de la contraventana abierta. Llevamos muchos días, muchos en silencio y se ha petrificado, como si una niebla espesa estuviera instalada más allá de cada ventana. Se suda miedo. Ya teníamos inquietud, pero se confirmó cuando de una ruidosa ambulancia bajaron una especie de extraterrestres vestidos con mono blanco, con un maletín y se lo llevaron. Volvieron con un extraño jarrón y muchas lágrimas. Tenemos la certeza de que el peligro está fuera del nido y no se sabe bien dónde. Por eso Carmen, con sus noventa años ya no abre la ventana, ni Sacra barre la acera, ni Justino se entretiene con el saquito del pan. El temor se ha hecho piedra entre las calles.

Hace poco, algún loco puso música y altavoces en la ventana y a las ocho la hace sonar. Incrédulos, se van asomando, al principio eran pocos, pero cada vez somos más y aplaudimos, y nos saludamos, nos preguntamos cómo estamos y nos alegramos de vernos, de que estamos bien.

Nos vamos estirando, respiramos profundo, la niebla se va yendo, llega la lluvia, las calles se limpian de polvo, de hojas, de temores oscuros y esperamos con fe renovada a que den las ocho para volvernos a ver y sonreírnos y darnos abrazos virtuales.

Y nos decimos sonriendo: Hasta mañana. ■

## ■ LES ORONETES

Este verano he querido ser como ellas, volar alto e irme lejos. Volver al calor, seguir la estela de luz y cantar feliz al atardecer he dejado de verlas en todos los rincones y me han arrullado con sus parloteos incesantes. Cierro los ojos y sigo viéndolas.

Levanta el vuelo la golondrina y busca donde hacer el nido, Otea el horizonte y se deja llevar por el perfume intenso del jazmín. Descubre el rincón donde ubicar el nido, tras la buganvilla del porche. Feliz y laboriosa comienza el trasiego del barro, pronto terminará su hogar y podrá mostrarse vanidosa y responsable, podrá criar. Cuando aprieta el calor baja a la fuente, se baña, se atusa las azuladas plumas con el pico. Y creo verla sonreír, como yo, con mis entrecerrados ojos. Por momentos volé en su grupo, imaginé ese viaje incierto más allá del estrecho, buscando el calor y supe de sus peligros, de sus aventuras.

Volví la mirada a su nido, casi perfecto y me sentí como un polluelo, segura y confortable. Ahora que ya no se van lejos, ahora que se nos han quedado cerca, me descubren la perfección de lo simple, de lo pequeño. Ellas me traen recuerdos de la infancia, del patio de colegio, donde los traviesos gorriones se repartían alborotados, los restos de bocadillos que quedaban olvidados tras los juegos infantiles. ■

## ■ FLORES PARA CELIA

La noche de San José tuve que volver a la oficina, me había dejado las llaves de casa. No me extrañó el olvido, ya que había estado todo el día rumiando la última ocurrencia de Doña Celia.

—Mira Agustín, no lo defiendas. Mi marido que en gloria esté, sería un caballero como tú dices, pero empeñarse en que me muera el próximo día de San José, es una idea bien peregrina. Con lo complicada que se pone la circulación, a ver, dime tú, cómo se las va a apañar el cortejo fúnebre para llegar hasta el cementerio y que me den cristiana sepultura.

—Pero Dña. Celia, cómo se va a morir ese día, si está usted tan lozana, con esos colores y ese porte. Verdad es que han pasado unos cuantos años desde que nos conocemos, pero por qué se le ha metido entre ceja y ceja, que va a morir dentro de un mes.

—Te lo voy a explicar otra vez, porque parece que no te enteras. Mi Antonio se me apareció hace unos días a los pies de la cama, justito para fastidiarme... para un día que una sueña con Paul Newman... Y entonces me lo pidió, qué digo me lo pidió, me lo rogó, me lo suplicó. Yo me hice la remolona, como si no lo viera, como si no lo oyera. Pero él dale que te dale, insistiendo, insistiendo, y yo erre que erre haciéndome la sueca. Y de repente sacó el psicólogo

—¿Qué psicólogo, Dña. Celia?

— Pues cual va a ser, un bastón que heredó de su padre. Cuando mis hijos se ponían burros, él siempre les decía, como sigáis así, saco el psicólogo y os doy terapia.

Y yo ya con el psicólogo no quise bromas, así que tuve que escucharle.

—Pero mujer, eso fue un sueño.

—Un sueño, un sueño, dices. Lo vi allí a los pies de mi cama, como ahora te estoy viendo a ti. Así, que hazme caso, porque ese día, siendo el día que es y en Valencia, nadie va a hacérmelo. Compréndelo, mis hijos y mis nietos todos pirotécnicos o bomberos, si es que desde pequeñitos jugaban con fuego, cómo van a preocuparse de ponerme unas flores. Vendrán rapidito y corriendo y a la faena otra vez. Así que este es mi último encargo, me grabas unas flores en la lápida, debajo de mi nombre, y de esta forma, ya nadie tiene obligaciones.

Aquí estoy ahora, en plena noche, enfrente del cementerio, rodeado de mármoles, querubines, cruces y jardineras. Qué tarde se me ha hecho, no llegaré a la *cremá*. No puedo dejar de pensar en Dña. Celia, genio y figura hasta la sepultura.

Recuerdo cuando la conocí. Yo era entonces un simple aprendiz. La vi acercarse desde lejos, era como un imán para los ojos, alta, morena, templada, una mujer de bandera, y con unos andares que los envidiaría cualquiera de esas niñas anoréxicas que pasan hoy

en día por las pasarelas. Entró en el establecimiento como un torbellino, hablando sin parar, simpática, expresiva, y yo mirándola con cara de *alelao*. Venía a encargar la lápida para su marido, y nos contó toda su historia, para que aquel pedazo de mármol se ajustara a su forma de ser y a sus intereses y necesidades. Dña. Celia venía de una familia muy modesta, y desde bien pequeña había desempeñado cualquier ocupación que ayudara a llevar pan a casa: había vendido en mercadillos, había servido en buenas casas, había atendido las mesas en el casino de su pueblo natal. Allí precisamente conoció a D. Antonio, diez años mayor que ella e hijo de una familia acomodada de veraneantes, que tenían un chalet rodeado de un amplio jardín al lado de la estación, un jardín de setos recortados por manos expertas y cuidadosas. No me extraña que aquel joven cayese rendido a sus pies nada más verla, porque cuando ella estaba en un lugar acaparaba todas las miradas, igual que un recién nacido.

En ese primer encuentro, allá por los años cincuenta, después de que yo escuchara toda su perorata, Dña. Celia me entregó una fotografía para que hicieran un esmalte del rostro de su marido, y a mí solo se me ocurrió decir: *¿desea la señora algo más?* A lo que ella rauda e inesperadamente contestó: *pues sí, sí me lo pudieran afeitár...* Ahora pienso que era una visionaria, que presentía el advenimiento del *photoshop*, pero en aquel entonces, me dejó sin saber qué responder.

Décadas más tarde murió una hermana suya, y nada más cruzó el umbral, dijo:

—¡Mal rayo parta al Papa Benedicto XVI!

—Mujer, y ¿qué le ha hecho a usted?

—Le parece poco, Agustín, nos ha quitado el purgatorio, así que debe haber un montón de gente que se ha quedado en la calle. ¡Menudo desperdicio de terrenos y de viviendas! Y qué pasa ahora si no eres ni muy bueno, ni muy malo, ¿te quedas por ahí errante como un fantasma? Ay, mi pobre Manuela, ¡morirse justamente ahora! No va a saber echar ni *p' adelante ni p' atrás*.

Bueno, cerraré la persiana, echaré el candado y directo a casita que ya es hora. Pero..., ¿qué es ese ruido?, ¿cómo es posible que salgan fuegos de artificio del mismo cementerio? Menudo castillo, nada que envidiar a la nit del foc. ¿Qué pasa ahora? ¡Un coche de policía a toda mecha y con acompañamiento de sirena! Esperaré, si no, la curiosidad no me dejará pegar ojo. Pero...si es Doña Celia y uno de sus nietos mayores. Me voy a acercar a ver qué pasa.

—¿Nos pueden decir, qué escándalo es éste? Como no tengan una explicación muy, pero que muy convincente, van a pasar esta noche en comisaría.

—Pues verán señores policías, que yo no me quería morir, y mi marido insistiendo sin parar, pero al final conseguí aplazarlo a cambio del castillo que han visto. Yo ya había encargado hasta las flores para mi lápida. Dígaselo, Agustín, dígaselo, que no me creen. ■

## ■ BLANCO ROTO

Quién le iba a decir que iría a parar a aquel rincón del mundo. Siempre había tenido mucha imaginación. De pequeña, El juego de luces y sombras de unas velas podía transportarla al centro de un volcán en erupción. Sentada en el inodoro, descubría mil y una figuras en las baldosas que hacían aguas blancas y grises, y cuando cogía un libro colocaba la mano sobre su portada esperando descubrir sin abrirlo el mensaje que contenía dentro de sus páginas. Pues ni con toda esa imaginación había pensado nunca que acabaría en aquella cabaña de madera aislada, rodeada de nieve en una noche eterna.

Se preguntaba cómo había llegado hasta allí. Sus últimas horas estaban en blanco como el desolador paisaje que percibía desde la ventana. Ahora empezaba a amanecer y lo que alcanzaba a ver era una instantánea en blanco y negro, como la de las fotografías de sus bisabuelos. Cuánto echaba de menos su sol mediterráneo. La cabaña estaba bien caldeada, pero sentía el frío instalarse dentro de sus huesos, como si el inmenso manto de nieve circundante se le metiera dentro. Solo de forma fugaz se veía a sí misma con una copa de vino en la mano, brindando bajo un cielo cuajado de estrellas a la orilla del mar.

Estaba sola, completamente sola por primera vez en la vida, en un lugar que para ella era la nada porque no tenía nombre, porque carecía de puntos de referencia. Poner un pie fuera se le antojaba mucho más peligroso que quedarse dentro. Otra vez aquella imagen recurrente del brindis con el murmullo de las olas, lejos de la mirada inquisitiva de su padre.

Estaba paralizada. No se atrevía ni siquiera a explorar la casa. Ahora descubría el sentido del afán protector de su familia. Y su imaginación no ayudaba, no hacía sino incrementar sus aprensiones. Pero...debía encontrar pistas, indicios, que le ayudaran a recuperar su vida.

Abandonó el sillón en el que estaba hecha un ovillo, replegada sobre sí misma. Lo primero que encontró fue la cocina, en la que había toda una muestra de la gastronomía mediterránea: tomates, ajos, aceite de oliva, aceitunas al mojo picón, arroz, frutas de temporada... Eso la tranquilizó. Seguramente no estaba tan lejos como creía. Al menos de hambre no se iba a morir. De repente, escuchó el ruido de un motor y cogió el cuchillo más grande que encontró, parapetándose estratégicamente tras una puerta. Ahora sabía lo que era temblar como una hoja, comprendía lo que tantas veces había leído sobre instantes que se hacían eternos. Oyó las llaves en la cerradura y todo su cuerpo se puso en tensión. No se sentía capaz de clavarle aquella hoja afilada a su captor. Se acercaban, sus sentidos estaban más alerta de lo que lo habían estado nunca. Eran más de uno. El miedo la atenazaba de tal modo que pensaba que no podría sujetar por más tiempo el arma en su mano.

Se abrió la puerta y se encontró ante cinco chicas que la miraban aterrorizadas. Ahora lo comprendía todo. Su mente le había jugado una mala pasada, impidiéndole recordar que estaba a punto de casarse y que hoy era su despedida de soltera. ■



## ■ EL ABUELO

Un día el marido había traído la sífilis a casa. En consecuencia había sido sustituido por otro hombre, Fritz, sin sífilis, pero con una nómina en el bolsillo y una radio debajo del brazo. Era portero de un suministrador de energía.

Frieda y Fritz por lo tanto, abuela y abuelo para la niña desde el nacimiento. De vez en cuando se quedaba en casa de ellos. En un nicho de la cocina había un sofá cama viejo con vistas a un campo deportivo. Al abuelo le gustaba mucho escuchar la radio en este sitio y hablar con la abuela de lo divino y de lo humano: del fútbol, de la política, del tiempo, de las cosas que hacer.

En este rincón acogedor de la cocina el abuelo y la niña solían desayunar, los dos en pijama, envueltos en una manta de lana. La abuela traía el desayuno en una bandeja estampada de flores: una taza de café, un bocadillo con queso, un huevo pasado por agua para el abuelo; una taza de chocolate caliente, un bocadillo con mermelada, un huevo pasado por agua para la niña. Los huevos, servidos en hueveros de madera, eran siempre abiertos con un cuchillo por el abuelo.

La niña no veía hora de comer su huevo. A continuación, daba la vuelta a la parte inferior del huevo, ahora vacía, y con cuidado la ponía de nuevo sobre el huevero. Y dirigiéndose al abuelo preguntaba:

–Abuelo, ¿un huevo?

–Pero Stümmelchen<sup>1</sup>, ¿no quieres comer tú el huevo? ¡Cómelo! Te hace falta.

–No, abuelo, no puedo más. Debo comer ya el bocadillo. No puedo más – dice echando una mirada rápida hacia la abuela

–A la abuela no le gustará si no como mi huevo. ¡Por favor, ¡abuelo!

En este instante el abuelo cambiaba su huevo por el huevo de la niña, a escondidas, para que la abuela no se enterara.

–Está bien, está bien, lo como yo por ti.

Y cuando levantaba el huevo y notaba el engaño, clavaba los ojos en la cáscara del huevo, ponía cara de asombro y decía:

¡Ah, qué lástima! ¡Cuánto me hubiera gustado comer otro huevo! ¡Qué lástima!

<sup>1</sup> Nombre cariñoso, de “Stummel” (pedazo, pequeño)

La niña estaba siempre muy orgullosa por haber podido engañar a una persona tan inteligente como el abuelo. Un día el abuelo ya no estaba. La niña, a la edad de ocho años, se lo imaginaba en el cielo detrás de una nube.

Un día la niña se habría acordado de su abuelo y de su juego con el huevo.

El abuelo había traído también su gran corazón a casa de la abuela. ■



## ■ MI AMIGA HACE LIMPIEZA

Mi mejor amiga, Regina, vive en Dortmund en la Cuenca del Ruhr en Alemania, donde nacimos las dos y donde fuimos al instituto a partir de la edad de 10 años. Somos muy amigas desde la infancia.

Cuando pienso en ella, enseguida me viene a la cabeza una imagen característica de ella: el judo, ella con 15 años casi nunca soltaba a sus adversarios, tampoco a los hombres más fuertes. La adoraba por esta habilidad.

Sin embargo, la otra cara de la moneda es que su capacidad de aferrarse se amplía también en otros campos de su vida: no suelta ni sus kilos ni todas las cosas acumuladas en el transcurso del tiempo. Deseando ardientemente sumergirse en el mundo espiritual a través del yoga y de la meditación, en busca de un estado de eterna iluminación, se ahoga bajo el peso de tantas cosas terrestres.

Así que este verano me rogó que le ayudase a tirar todas las cosas inútiles, a poner en orden su piso y, a ser posible, también en su vida.

Durante tres semanas, desde la mañana hasta la noche, no hicimos otra cosa que aliviar toda esa carga: medicamentos y alimentos caducados desde hace años, prendas demasiadas estrechas o pasadas de moda y múltiples trastos de toda clase.

Todas las noches, muertas de cansancio pero contentas, las pasábamos tumbadas en el sofá amarillo de diseño, disfrutando de una cena exquisita, siempre acompañada de algún helado para ella, un vaso de vino para mí y viendo una película policíaca en la tele.

Nos gustaba en particular un comisario poco conformista, el típico machista de los años '80, un guaperas enormemente ingenioso, astuto, rebelde y con un corazón de oro. Convertidas de nuevo en jóvenes y un poco pueriles como dos adolescentes en edad de pubertad, estallábamos en carcajadas y secábamos las lágrimas derramadas con algún trozo de tela desechado.

Reía hasta llorar también mi amiga, la funcionaria eficiente, un alto cargo, delegada para la equiparación de derechos de una universidad, con su infalible instinto para las cosas importantes. En su trabajo muy bien pagado tiene el gran honor de frecuentar un círculo de catedráticos ilustres (dicen algunos de ellos), un club de vanidad (dice ella). No importa! Quien ríe el último, ríe mejor. A fin de cuentas, paso a paso, ella lleva a cabo su tarea. Domina el arte de no soltar.

Un día nos pusimos de camino con la funda de su sofá amarillo de diseño para lavarla en una lavandería, pasando por el gimnasio donde se había inscrito pagando las cuotas de dos años por anticipado. El médico le había recomendado insistentemente ejercicios físicos. Eran las 10 de la mañana. En la lavandería había solo una mujer, sentada en una silla, que apoyaba sus brazos en su viejo carrito de la compra. Había llegado temprano, nos explicó, para evitar la esperada aglomeración de gente en este día en el cual se habían pagado las pensiones.

Aprovechamos la fase del lavado para comprar alimentos en el supermercado de productos ecológicos al otro lado de la calle donde mi amiga suele ir de compras. En la caja alguien, pagando un importe considerable con la Visa, se lamentaba del cierre de la librería al lado de la lavandería donde en breve abrirían una tienda de productos baratos. La librería se había hundido como muchas otras.

Retornamos a la lavandería que entretanto se había llenado de gente, cestas para la ropa, ropa sucia. Sábanas, toallas, trapos, camisas, pantalones, calcetines, bragas, sujetadores. La ropa de la mujer con el viejo carrito de la compra se encontraba ya en el programa de centrifugación, para la funda del sofá amarillo de diseño faltaban aún unos 30 minutos. Mi amiga se sentó al lado de la mujer. Las sillas verdes de plástico, fijas en el suelo, se hallaban frente a las lavadoras en marcha.

Salí un momento, las veía desde fuera.

Dos mujeres, sentadas en sillas verdes de plástico, sillas inamovibles, frente a las lavadoras; dos mujeres con las espaldas inclinadas, como semejantes estatuas; dos siluetas esperando. Desde fuera parecían hermanas.

Así parece. ■

## ■ HOY EMPIEZA EL FUTURO DE ROMA

(Diario personal de Julio Cesar)

Delante de mí, no hay historia.

Jamás antes un romano ha pisado estas tierras infectadas de bárbaros. Mi ejército debe saberlo y por eso me vitorea. A una sola voz. Y su alegría también es mi victoria. Del primero al último de mis hombres ha luchado hoy por mi honor y he vencido. Legionarios tan bien adiestrados que solo yo los oí temblar frente al hedor de la batalla. Su fe me es tan fiel que, de preguntarles, seguro que me dirán que se olvidaron del hambre al cruzar los Alpes. Que para sobrevivir les basta con las gachas que pronto hervirán en las marmitas. O me repetirán que si han resistido las marchas austeras de esta campaña nada más ha sido por conocer de primera mano la hermosura de las mujeres galas y macerar su sed en ríos de vino germano. Los entiendo. Aquí, ahora, empieza el futuro de Roma. Conmigo. No me hace falta un oráculo que me lo diga. La derrota del enemigo será el preludio a ese inmenso poder que me abrirá las puertas del senado en el hogar patrio y escribiré mi nombre a fuego en la tierra de los Dioses.

Y ya va siendo hora de volver. ■

## ■ RUTA NOCTURNA

¿Recuerdas?

Más que conducir te gustaba inventar. Olores, historias, caminos.

Dejar la mano volar contra el viento siguiendo las olas del trigo. O de los naranjos. Azahar y verdor en dosis intensas.

Siempre haciendo de pobres para esquivar autopistas y dormitar juntos, en un arcén. O me presionabas a levantar el pie del acelerador al bordear el océano, porque perseguías recovecos hechos de gotas de libertad que nunca terminaron de saciarte.

Yo, a veces, aún te imagino aquí, ignorando mapas. Prisas. Pero tu ausencia me deja como compañía el ronroneo del motor y tus luciérnagas.

A la izquierda, un campanario. ■

## ■ LA VIDA QUOTIDIANA

En tot viatge,  
sempre hi ha un punt d'enyorança.  
Una taca de molsa  
creixcuda al tronc  
d'un om sec  
que la força d'un barranc  
sembrà de soledats.  
Una horta entapissada  
de rosada blanca  
un matí gèlid,  
junt la voràgine  
d'un irrespectuós progrés.  
Unes muntanyes blaves  
sense camins ni amagatalls  
que els núvols de vegades  
cobreixen de cotó i altres,  
la pluja neteja amb avarícia. ■

## ■ OTOÑO

El espejo es un engaño  
del que siempre huyo. Dice  
que soy ese reflejo que transpira  
luz, pero yo no estoy tan segura.  
La lucha entre imagen y verdad  
sigue desgarrando el poco saber  
que guarda mi vida. Y solo  
me quedan escombros, sobre  
la piel. Un aroma a sueños  
desprovistos de ilusión  
que dudan en decirme  
hoy, si aún estoy viva. ■

## ■ A TODOS ELLOS

A los que duermen en cajeros.

A los que tiritan y tiritan y se doblan sobre sí mismos por frío, hambre o dolor.

A los que duermen demasiado y llegan tarde a sus citas, aletargados y los llaman lelos o raros.

A los que obligan a ducharse con agua fría en invierno y a los que no duermen, noctámbulos que sonrían viendo pasar una y otra vez la misma película.

A los que un tren arrastró por el túnel del nunca jamás y a los que seguimos en ese tren entre blancos y negros, en los grises de otros túneles, conociendo compañeros de viaje.

A los que la distancia no les importa si se les tiene en el pensamiento.

A los que se levantan cada día por inercia y deambulan medicados sin rumbo y sin un duro, bajados del tren.

A los que no salen de casa pues el útero que los atrapa los protege de un sistema inhóspito y cruel.

A todos ellos les digo... que seáis protagonistas de vuestra propia vida, vuestra propia historia sea como sea y si el sufrimiento nos lleva a abandonar pensarlo dos veces antes de actuar. ■

## ■ ON SÓN LES PARAULES?

Cau la tarda i tu no hi ets, m'acompanya a estar sola la satisfacció d'haver fet el que calia però i després...?

Soroll de paixareills i una llum clara, que em destorba el somni, hui no m'he cansat.

Descansar com volia ha estar fàcil i fer el que calia m'ha acompanyat. Però te trobe a faltar, trobe a faltar el gust pel demà, potser s'esllangueix en mí l'esperança del dia; ara quan cau la nit i entraré dintre la matriu, dintre l'espai uterí que m'amaga dels vius.

Volguera que la tarda no declinara però conquerir el demà pressuposa el caos i la foscor de la nit.

Silenci i més silenci...

On són les paraules? M'han parlat fa una estona però les he agafades al vol i s'han enlairat de nou. Potser demà tornen a encarnar-se en qualsevol. ■

Camino, partida de  
El Realenc



## ■ LA NOCHE QUE DIOS HABLÓ

El dios rumia la forma en la que convocar a su pueblo. Se deleita con las diferentes posibilidades y goza sobremanera con la obediencia y predisposición de sus seguidores. Le gusta el poder. Le gusta más de lo que había pensado. Cuando era humano no creyó que llegaría a ese extremo, pensó que se mantendría ecuánime y que se entregaría por completo por el beneficio de su pueblo. Pero eso fue antes de poderlo todo, antes de ser elegido dios.

El otoño toca su fin. Los aldeanos vuelven al hogar tras un largo día de trabajo. El final de la jornada, igual que el principio, la marca el sol y, por supuesto la oración al dios. Con la oscuridad en las calles, cada familia prende una vela por miembro y se la ofrece al dios. Desde cada casa, se hace la luz que ilumina a un tiempo la aldea. Reunidos frente al altar, al abrigo de la sagrada imagen y del fuego purificador del hogar, se reza y da gracias por lo que el dios procura. Y cada noche tras la liturgia el padre de familia guarda la imagen y la madre sirve la cena. Los niños, bendición del dios, se sientan a la mesa y esperan el alimento que los padres han preparado. En silencio, como ordena la ley, se ingiere el pan y la carne sazónada.

Ganda fue elegida como encargada de alimentar a la sacerdotisa. Cuando los hogares vierten su luz sobre la calle, ella sale camino al templo, con las viandas que lleva toda la tarde preparando. Más de una hora de camino separa el templo de la aldea. Esa fue la distancia elegida como necesaria para que la sacerdotisa estuviera en paz y pudiera mantener la conexión con el dios.

Las elecciones son democráticas. Todo el pueblo se reúne, discute y vota. Después se ejecuta lo que la mayoría ha dispuesto. Decidir es una tarea compleja que necesita la intervención de todos. La razón es necesaria, el orden primordial y las emociones quedan relegadas en pos del beneficio común. Así es cómo se adjudican los oficios de sacerdote, panadero, guerrero, limpiador y dios. Y cómo se eligió a Ganda para aquella tarea. Incluso así se decidían las parejas más convenientes para tener descendencia. Y claro, cómo se decidió la distancia óptima entre el templo y el poblado.

La primera noche que Ganda se echó al camino cargada con la comida sintió una mezcla de orgullo y terror que aún la recorre. Hacia la mitad del trayecto no queda luz de la aldea que la ilumine, apenas su pequeño candil y a veces las estrellas o la luna, pero avanza sin titubeo para cumplir su noble labor. El templo es de piedra, dicen que fue edificado sobre la cuna del primer dios, pero hace tantos siglos de aquello que nadie puede asegurarlo o desmentirlo. Ganda sube la empinada escalinata con cuidado para no verter el alimento ni apagar su única fuente de luz. A media altura de una sala desprovista de adornos, la sacerdotisa flota ingrávida en medio de un depósito de cristal.

Ganda no envidia en absoluto su trabajo, es un honor comunicarse con el dios, pero el precio a pagar es muy alto. El canal debe estar siempre abierto, por eso se deben anular los demás sentidos. El líquido oscuro inunda sus conductos auditivos, abotarga su tacto, inutiliza su visión y le es imposible hablar. Apenas la luz o el sonido son capaces de atravesar la densa sustancia. Sólo el tercer ojo permanece siempre abierto. Como es imprescindible que permanezca siempre alerta, su cuerpo no es más que un simple receptor y fue inevitable que sus músculos se debilitaran hasta el punto de ser inservibles. El líquido la protege, la mantiene, la alimenta. Fuera del tanque de cristal moriría. Sin embargo, es poderosa. Ella es la única que puede oír al dios, la que sabe lo que necesita y ordena, la única mediadora.

Aunque no pueda valerse por sí misma, todo el pueblo sabe que ella es imprescindible para mantener la comunicación, conservar su democracia y preservar su forma de vida. Ganda también es afortunada, ella sirve a la que sirve y se siente parte importante del sistema.

El dios la ve flotar etérea en ese líquido amniótico. Desfigurada y esquilada. Apenas le queda algo de humana, pero es como debe ser, un humano no puede hablar con el dios. Conmemora, varias décadas atrás, cuando era él el encargado de llevar la comida al sacerdote y recuerda el día en que su nombre resultó el elegido para ser dios. Recuerda la ceremonia y todos los juramentos y promesas que se hizo a sí mismo y a su pueblo. "Seré justo, el mejor de los dioses... lo haré todo por mi pueblo"

Ahora tiene algo importante que decirles y se regocija en el efecto que tendrá su llamada y cómo reaccionarán ante sus órdenes. "Seré justo" prometió varias décadas atrás, pero ya ha pasado mucho tiempo y le gusta tanto el poder...

Más abajo el pueblo ingiere su alimento en silencio. Cansados pero diligentes recogen la mesa tras la cena y se disponen a descansar. Los niños besan a sus padres en la mejilla y los esposos acarician a las esposas el cabello antes de apagar la única vela que queda en la casa.

La sacerdotisa convulsiona.

De repente se oye un silencio profundo, que aspira las siluetas del bosque que rodea al pueblo. Un silencio hueco y doloroso como la no existencia, es roto violenta y lentamente por el tañer de las campanas. Durante veinte minutos Ganda las hace sonar para avisar al pueblo.

Los aldeanos se levantan rápidamente de la cama y aún con la camisa de dormir, cogen y abrigan a sus hijos para salir raudos de sus casas. Contrariados analizan el mensaje del inquietante sonido. No son las campanas de misa, ni las de alerta por fuego, no están siendo atacados...es otra cosa. Corren sobresaltados, el sonido penetrante y largo es inequívoco, son las campanas de cristal, el dios les convoca con carácter de urgencia.

Tras la primera sacudida, la sacerdotisa comienza a temblar, a estremecerse con tal violencia que desaloja el líquido de medio tanque. Ganda reacciona de inmediato y le da a beber el brebaje de la interposición. La sacerdotisa lo toma por completo y se hunde hasta el suelo del estanque. Ganda corre hacia lo alto de la atalaya y comienza a tañer las campanas de la llamada, las de cristal. Al cabo de un tiempo todo el pueblo se reúne en el templo, alrededor del receptáculo en el que yace la sacerdotisa.

Están excitados, su dios los estaba convocando, ¿qué era aquello tan urgente y necesario que debía decirles que no podía esperar al día del dios? Se miran entre sí y comentan:

—Será que quiere anticiparnos una buena cosecha y requiere una ceremonia a tal fin.

—O quizás que se avecinan tormentas de granizo y debemos sacrificar animales para que desvíe las nubes...

—No, no lo creo, el dios debe protegernos.

—Sí, es verdad... aunque hace tiempo nos pidió una esposa y no nos dio nada a cambio.

—Sí, pobre Cindre... ¿dónde estará su alma?

—Callad blasfemos, el dios es justo. Es su único cometido, y ahora se va a poner en contacto con nosotros ¡atentos!

La sacerdotisa emerge de la cisterna y es visible el líquido anaranjado que le resbala por su rostro deforme y su boca abierta. El cabello se le pega a la frente y la cabeza y parece más una criatura recién nacida que una mujer adulta. Vomita el bebedizo que Ganda le ha suministrado y se prepara para mediación.

Sí, el dios sonríe, recuerda a aquella esposa, no estuvo mal, pero el poder va más allá de la compañía que pueda brindarle ocasionalmente una mortal. Poder hacer lo que quiso con ella, le complació mucho más que las caricias o el calor de su cuerpo. Y quería más, necesitaba más sacrificios, más obediencia, toda su sumisión. El pueblo le daba poder y él estaba para utilizarlo.

Surge de lo más profundo de la sacerdotisa una voz metálica, grave e inhumana. Todo el pueblo se incorpora y presta atención a lo que su dios les dice:

—La próxima luna llena reclamo el sacrificio de todos los nacidos durante las dos semanas venideras. Esa es mi voluntad.

La sacerdotisa se hunde en el tanque como un muñeco sin vida, y mientras sus pulmones se vuelven a llenar con el líquido naranja, el pueblo incrédulo comenta el deseo del dios. Las embarazadas se tocan la barriga, los futuros padres las abrazan indignados.

—Nuestros hijos... quiere nuestros hijos...

Por un segundo el templo hierve de ira. Los gritos de los hermanos se elevan por encima del llanto de los abuelos y el dios se complace todopoderoso. Coléricos y aterrados

rizados los aldeanos se retiran hacia sus hogares. La rabia los acompaña todo el camino que recorren en silencio. Sin embargo, un único pensamiento surge y se va extendiendo por las conciencias de cada uno de ellos. Sin mediar palabra, se refugian cada uno en su hogar, y se abrazan los esposos a sus hijos y los abuelos acunan a sus nietos y los hermanos se acarician en silencio. Pasa la noche más larga y oscura que ha sufrido nunca el pueblo y llega el día siguiente en que retorna cada uno a sus quehaceres y oficios.

Ganda continúa con los cuidados de la sacerdotisa, que poco a poco va recuperándose del trance. No entiende qué ha pasado, ¿cómo su dios les puede pedir semejante locura?

Avanzan las semanas y los aldeanos continúan casi como si nada hubiera ocurrido.

He aquí la noche de la primera luna llena tras la demanda del dios. Todo el pueblo sube las escalinatas del templo donde Ganda y la sacerdotisa aguardan. El dios observa desde lo alto considerablemente satisfecho. El pueblo al completo se reúne alrededor de la cisterna de cristal. Seis madres con sus recién nacidos dan un paso al frente y una de ellas comienza a hablar con voz alta y ponente.

—Todos sabemos qué ocurrirá pasado este momento.

—Así es — responde el pueblo como una sola voz.

—Pues bien, votemos... ¿queremos cambiar al dios?

—Sí — todos al unísono.

—Así sea — concede la sacerdotisa.

El dios desde lo alto escucha incrédulo el resultado.

Antes de poder llegar a digerir qué ha pasado, el dios se ha desvanecido. ■

■ 12 DE MAYO

Fútil tentativa de vida

Intentando sobrellevar la desventaja

Bordada a la piel con navaja

Ribeteada con sal y cal viva.

Ojos secos de llorar desesperanza,

Mañana no llega porque la noche es

Infinita, mutilada de pesadillas

Antediluvianas, dolor que no mata y

Languidece de tormento silenciado.

Grito de desesperación velada

Invisible a un mundo que niega

A una mujer con fibromialgia ■



Jardines del Cementerio

## ■ EL FORASTERO

Cada metro que recorría parecía que se acercaba más al fin del mundo. Una extraña sensación de viajar hacia ninguna parte, pero el mapa era diáfano, estaba bien encaminado y muy cerca de alcanzar su destino.

Al llegar, después de varias horas de coche, no tuvo más remedio que priorizar sus necesidades fisiológicas.

—Al fondo a la derecha tiene usted el escusado, no se equivoque porque está junto al establo y el mulo tiene muy malas pulgas.

La mirada del forastero se posaba en aquellos aspectos que más le llamaban la atención, un pequeño cartel pringoso ejercía un asomo de autoridad señalando que estaba reservado el derecho de admisión, una gran paradoja en un lugar en el que matarían por conseguir que entrara alguien.

Las pocas mesas del local, prácticamente vacías, ocupadas únicamente por dos clientes, cada uno con un vaso de vino y la mirada perdida en el recuerdo de aquello que fue.

Según parece, tiempo atrás, aquel municipio concentraba una parte importante de la economía comarcal. Su feria ganadera era de obligado cumplimiento para todos aquellos que necesitaran adquirir caballería, y además, su pujanza agrícola concentraba el comercio de productos que ahora habían sido sustituidos por otros de peor calidad, pero con unos precios con los que era imposible competir. Como consecuencia, desaparecieron todas las explotaciones agrícolas y también las ganaderas.

Las campanadas a muerto sonaron con el cierre de la escuela unitaria, ya no tenía ningún sentido, el último niño había entrado en la edad adulta y marchó a la ciudad buscando la vida que se le había escapado en su aldea.

Ahora era prácticamente una población fantasma donde el ulular del viento era el único acompañante en la visita a sus calles solitarias.

Tras el paseo el forastero volvió al único establecimiento abierto de la localidad, el bar en el que había entrado al llegar.

—Mire amigo, me voy a presentar, vengo destinado a este municipio, he elegido yo mismo este destino, buscando un lugar tranquilo donde ejercer mi profesión y llegar a la edad de la jubilación sin mucho jaleo. ¿Conoce si hay alguna casa que esté en alquiler o venta?

—¿Cómo alguna?, el pueblo entero lo puede comprar si hace una oferta interesante. Incluido este colmado, se lo dejaría a muy buen precio.

Los dos parroquianos absortos, como si salieran de la situación de sopor en la que estaban sumidos se fijaron, en el tipo que estaba hablando con el tabernero.

—Pero que sorpresa, ya no tenemos maestro, tampoco veterinario, el cura marchó hace ya mucho tiempo, y del doctor que tuvimos ya nadie se acuerda. Con ese panorama me cuesta deducir lo que hace usted aquí, ¿para que lo han mandado? y sobre todo ¿cuál es su profesión?

—Yo creía que a estas alturas ya se habría dado cuenta de mi misión en el pueblo. Vengo a realizar la única tarea que queda pendiente. En fin, me volveré a presentar, soy el nuevo sepulturero. ■

## ■ EXTRAÑOS EN UN TREN

Ya estoy en casa de su peor enemigo. Me han informado que a esta hora siempre está sentado en su sillón Chesterfield, tomando la enésima copa del día. No sabe que en esta ocasión es la última de su vida. La música envuelve toda la estancia. Vivaldi, una bonita sinfonía de fondo para abandonar el mundo de los vivos. De momento todo está resultando según lo planeado, ahora sonará el teléfono y cuando se levante para responder, medio adormecido por los efluvios del alcohol y de la música, notará que no respira y ni siquiera será consciente de que una bolsa de plástico trasparente le ha cortado la respiración.

Misión cumplida, el trabajo ha resultado impecable, nadie se ha percatado de nada, la música sigue sonando, actúa como himno funerario por alguien que yace sin ser todavía una muerte oficial.

A muchos kilómetros de distancia, la prensa local daba cuenta de otro suceso luctuoso, el crimen del financiero más importante de la ciudad. En la madrugada, unos extraños asaltaron su casa, aparentemente con la intención de robar. La mala suerte, o el insomnio, provocaron que el banquero estuviera despierto y sorprendiera a los asaltantes. Seguramente se produjo un forcejeo, tratando de impedir lo inevitable por parte del dueño de la vivienda.

En realidad, habían entrado en el domicilio con intención de matar a su propietario, como parte de un acuerdo previamente adoptado. El resultado fue el planeado, acabar con su vida y simular que todo lo acontecido había sido consecuencias de un intento de robo frustrado que causó una muerte imprevista.

Dos hechos que, en apariencia, no tienen nada en común, solamente unas curiosas coincidencias los unen: la muerte de forma violenta e inesperada, la pérdida de dos vidas humanas que, de manera sorprendente, no producen dolor en el entorno de los fallecidos, ninguno de los familiares se encontró cerca de las víctimas en el momento del fallecimiento y además se celebra, en secreto, por dos desconocidos, que se conocieron en un tren. ■



Av. Sanchis Guarner

## ■ LA PRIMA VERA

Vaya, vaya con mi prima Vera, que no se acuerda de mi para nada a pesar de que yo quise salvarle la vida después de tirarla a la alberca de un empujón —¡dame la mano y sujétate bien!

Menos mal que los abuelos, que estaban pelando habas bajo el chamizo, oyeron mis arrepentidos gritos. Incluso fui a buscar un palo para que se agarrara, pero, la tonta no me hacía caso y solo braceaba y sacaba la cabeza...La sacaron del agua empapada y temblando y ni siquiera me miró. Yo sí que la miraba de reojo.

—Fue sin querer, es que quería pegarme (en el fondo pensé: menos mal que no se ha muerto...)

La abuela se la llevó dentro y el abuelo me agarró del pescuezo y me puso el culo como un tomate, que todavía me acuerdo de lo que me escocía. Cuando llegué a casa mi madre me dijo: ven aquí. ¿qué me han dicho los abuelos que le hiciste a la prima? —Yo solo quería que se bañara.

—¿Que se bañara? Tú sí que vas a tener un buen baño porque estas castigada con no subir más al huerto, te quedarás en casa y no saldrás a jugar

—Es que ella tiene muchas muñecas y no me las quiere dejar y a mí nunca me regalan nada ¿por qué?

—Vera tuvo parálisis —dijo mi madre— y casi se muere.

—Pues yo también quiero tener eso para que me regalen muñecas como a ella...

Que sepas que estás castigada...

Se dónde vive en la actualidad y que comparte amistad con gente que conocía y con quien nunca pude compartir ni juegos ni complicidades ni escuela ni saludos cuando nos cruzábamos por el pueblo...distintos status...

Su padre me daba una pesetilla para la torta de chicharrones de la mañana cuando lo veía por la calle y le daba un beso pamplinero que yo sabía que le complacía... ■

## ■ ANTE UNA HOJA EN BLANCO

Al comienzo de la pandemia algo se dejaba caer en el ambiente y llegó el confinamiento.

Hablaba por las noches con una amiga y le dejé claro que siendo tan estricta con las normas sociales no iba a salir de casa si no para aquello que fuese necesario y se permitiera y tuve que echar mano de mi imaginación para salir del agobio que me producía la situación, gestionando mis incertidumbres para no enfrentar mi respeto social con mi deseo de salir a la calle a pasear.

Cada día con ropa nueva, conjuntada y perfumada había de disponer de parte de mi tiempo para pasear por la “manzana” de mi barrio. Una bolsa de basura de reciclar y pendiente de “la poli”, mascarilla y gafas de sol serían suficiente para disimular mi edad y poder salir en cualquier franja horaria...

Quedaron al descubierto mis emociones y con la presión de las noticias entre la ficción y las evidencias, mis pulsiones me llevaron a estados de añoranza y dudas...

Caí en la cuenta de que un folio en blanco tenía vida y podía ser sustituto por cualquiera. Escuché que me invitaba, me hablaba y me sugería que le colmara de palabras y pensé –no me exige, es paciente... y sobre todo comprendí que con su inmaculada blancura puedo hacer lo que quiera en la intimidad que me permite su contacto...lo que quiera. Escribir acerca de mis sentimientos, mi rabia, mi tristeza, mi llanto, mi alegría y todo aquello que me provoca...podía ser mi amante al que evoco, le digo, le ordeno, al que quito de en medio si me equivoco para volver a empezar o corregir, pero siempre a mi antojo.

Su paciencia se hace mía cuando soy capaz de hablarle de mi melancolía, de los sueños que me mantienen viva y despierta, de mis enquistados deseos y de la conformidad que aprendí a través de mis heridas convertidas en perlas con el arrojito que da la obligación de vivir día tras día y con alegría... ■

## ■ DIARIO DE UN GUIONISTA. CAPITULO UNO

“No hay ninguna cultura que no esté vinculada a la vida cotidiana.”

(GORKI,1930)

Toda la noche mohíno, el disco de pasta giraba reproduciendo una y otra vez las trece melodías a ritmo jazz, interpretado por Earl Hines Septet, canciones tales como Medley (Gershwin), Do it Yourself (Porter).

Aquel atrabiliario veinte de noviembre, consiguió derrumbarme. Muchos recuerdos. Tristeza. Levanté la cabeza para observar a través de los visillos que daban al balcón y poder desentumecer mi fatigado organismo, somnoliento, cargado de alcohol y con exceso de humo. La visión del panorama exterior hizo que apurara el último sorbo de whisky aguado, y exhalara la última bocanada hacia el techo, retorciendo furiosamente el cigarrillo sobre el cenicero abarrotado de colillas, que impregnaban la estancia con un olor muy desagradable. Un resplandor azulado hacía presagiar que toda la ciudadanía intentaba desprezarse y que daba comienzo un nuevo día en la gran ciudad.

Hacia fresco, se percibía la humedad nocturna. Durante unos minutos pude estar observando a vista de pájaro, como se movía la calle, y limpiaba los pulmones con el aire reconfortante del mes de noviembre. Las viviendas de los edificios colindantes, comenzaban a encender las luces en ciertas ventanas. En unos instantes, los primeros trabajadores empezaban a salir de sus 90 metros cuadrados de vivienda, y ponían en marcha sus utilitarios con dirección a sus puestos de trabajo. Gorriones y estorninos, los nuevos habitantes de las grandes ciudades, volvían a mover sus alas y desplazarse de rama en rama para buscarse la vida en un nuevo día. Igual que los humanos.

Una buena ducha, un afeitado recreándome en los ángulos de la cara, y una colonia cualquiera, me dejaron mejor que bien. Las ojeras marcaban la noche pasada. Por cierto: los niños por la mañana no gritan, van serios, lo miran todo en silencio, aprenden. Sin darme cuenta, paseando, me encontraba a la puerta del cementerio, aquel odioso Campo Santo, que albergaba cenizas y recuerdos. Quería entrar, pero, ¿para qué? Revivir escenas dolorosas es un síntoma de masoquismo. Allí, pensando, decidí emprender algo mejor: visitar la casa del pueblo de mi gran amigo Fernando Huerta, Ferrán, como yo le llamaba siempre.

Conocí a Ferrán cuando yo tenía trece años, una pelea de muchachos nos hizo ser los mejores amigos del mundo, y esa amistad duró hasta aquel nefasto 20 de noviembre. Es curioso, él, que era antifranquista como su padre. Laico, más bien anticlerical. Murió el mismo día que el Franco, cuatro lustros después.

—Despido mi libertad. Soy alcohólico dependiente. —Decía sin temor.

Ferrán, tubo manchas corrosivas en su vida, sexo, alcohol, trabajo y yo. Fué hombre afable y simpático. Le gustaba el ritmo suave del Jazz, y la música de cámara. Los niños eran su predilección, se veía reflejado en su infancia. Después de beber le daba todo igual, y a mí también. Nació cuando le tocó, en un pueblo de interior de calles estrechas. Estuve una vez con él, un mes de septiembre, no recuerdo el año. Olor dulce de algarrobas recién cosechadas, que envolvía sus cuatro calzadas, sin asfaltar, con las puertas de sus viviendas abiertas, sin miedo al pillaje. Se cenaba a partir de las veintiuna horas en la calle, a la fresca. Los hombres hablaban del campo. Las mujeres vestían de luto, telas descoloradas por su uso, el único color que llevaban era el de sus mejillas, en las más jóvenes. Los perros andaban sueltos, sin bozal y sin correa, dormitaban perezosos en el brocal de la puerta, cazando moscas con su boca por el día y rascando pulgas por la noche. Guardando a sus amos, los que les dan de comer, por eso son perros. El Sr. cura y el médico, los sábados discutían de almas, el uno las que no podía salvar y el otro tampoco. ¡Ah!, además de fútbol.

De todas esas escenas de la vida real, a Ferrán, le entraron las ganas de contar, de escribir, de confeccionar guiones. Volví a su pueblo veinticinco años después, me dejó la llave de su casa por si acaso. Pero el pueblo, se lo habían llevado, solo tenía el nombre. Todo cambia, todo. Sobre la mesa de lo que fue el comedor junto a la chimenea, un paquete de folios. En la portada se podía leer: “Lo siento, me he equivocado y no volverá a ocurrir. No se volverá a repetir” Esa frase me sonaba. Intrigado tomé silla y me puse a leer.

“Memorias de un guionista. — Capitulo primero” “De cuando conocí a Celia”.

Un dato al margen: “Celia de origen latino, significa *mujer celestial*”

Estaba escrito con bolígrafo azul, letra bastante inteligible y las líneas un poco ascendentes, posible optimismo. Copio literalmente su primer capítulo.

Ella le quería, es cierto que le amaba, fue su primer hombre, y después su marido. Dejó de vivir como niña, cuando preguntó: madre, ¿qué cosa es casar? Hija, hilar parir y llorar; respondió la madre. Comenzó la enseñanza de ser mujer, callada, sumisa; debía ser una señora de su casa, cuidar a los hijos y amar los sábados a su esposo, aunque no tuviera ganas. Era una doncella preconcebida adiestrada tal cual dictaba el catolicismo en el arte de entretener. Tuvo un matrimonio de provecho, vivir dentro de la mejor comodidad, que Dios proveerá, la fuerza ahorca. Se adaptó a la nueva etapa de matrimonio, por respeto, o por amor, o por las dos razones.

Conocí a Celia durante la presentación de un libro de cocina. Ella quería aprender más de fogones para su esposo, y yo para comer algo mejor que un huevo frito. Nos miramos, ella bajó la cabeza ignorándome, yo insistí en mirarla descaradamente, hasta que volvió a poner sus ojos en mí. Sonreímos. Tras comprar el libro, un café y dos citas sellaron nuestra relación.

Yo deseaba pasión, deseaba que ella tuviera ese sentimiento de amor vehemente, especialmente manifestado en la obsesión sexual. Apetito sensible concupiscente. Sexo

sin más, con ese deseo desenfrenado que libera los sentidos dejándolos a merced de las circunstancias. Dejarse llevar. Dejarse hacer, seducida por frases cortas y preguntas sin respuesta, dejar que el interior de tu imaginación cree respuestas, no importa si verdaderas, y, abdiqúe a la sensualidad y al morbo más cercano, a lo prohibido. Sedúceme, embriágame, hazme desvariar, retrasa en lo posible el orgasmo, poséeme como nunca supuse que se podría poseer. Eso quería que fuera el idilio. Todo fue al principio un sueño por alcanzar, sin más, hasta que comprendí que se estaba enamorando, eso no estaba en mis deseos. Le propuse una despedida sin traiciones. Pero...

Guión 27 — Escena primera Capitulo primero

INT COCINA. CELIA Y ALBERTO (primera vez)

Abren un paquete que contiene un libro de cocina, tontean y fuerzan un loving. Ella se resiste y se acerca a la nevera.

Celia coge una cerveza del frigorífico y la sirve en una copa, derramando la espuma (risas) La cámara en varios ángulos, tomas de medio plano americano. Queda parada mirando a Alberto

Alberto

—Todo esto va a ser real, sabes que va a ser real. (Silencio)

—Oigo tu corazón desde aquí.

CAMARA PRIMERISIMO PLANO CARA DE CELIA

(Se busca la expresión de su boca su sonrisa sus ojos quizá hasta de sus pensamientos impuros)

(De sus manos inquietas experimentando lo que puede ocurrir dentro de un instante)

Celia

—Creo que me voy a marchar. Sí, me voy — (coge el chaquetón) (plano cruzado)

Alberto

(Se incorpora y detiene su actitud, tomándola de la mano y vuelve a poner el chaquetón sobre la silla) (Está detrás de ella y su boca le susurra al oído)

—No es buen momento para dejar las cosas sin dar una oportunidad al deseo

Celia

(Se gira y besa a Alberto) (Vuelve a coger el chaquetón y sale aprisa de la estancia)

—Necesito un poco más de tiempo. (Habla mientras sale de escena)

Alberto

(Cámara sobre primerísimo plano del gesto de sorpresa de Alberto) (Silencio y portazo)

INT. ESCALERA Celia se para esperando que Alberto salga en su busca.

ESCENA PRIMERA CAPITULO DOS.

De cuando se encuentran en la presentación del libro

Todo el resto de folios estaba en blanco, esta historia nunca me la contó. Fin ■

El vehículo de motor quedó sin nafta. El bidón extra de combustible estaba vacío. Cargamos en las mochilas cualquier elemento que pudiera servirnos, incluido cuchillo militar. Poco peso. La máscara antigás de auxilio y algo de abrigo, las noches son extremas. Cantimplora para agua, pastilla de limpieza de la misma y por supuesto dos cajas de provisiones con píldoras alimentarias de laboratorio. Según los cálculos estaríamos a unos cien kilómetros de la costa. Buscamos unas rocas de protección al aire y montamos nuestros toldos, hasta que el sol dejara de calentar y poder emprender la marcha a pie.

Las linternas solares estaban muy bien cargadas para alumbrar el camino a recorrer en la oscuridad. Los cuatro miembros que componíamos el comando de búsqueda de datos, sabíamos a la perfección lo que no podíamos producir durante la noche, fuego. No había material para combustión, nada de ramas ni objetos para quemar. Estamos comprobando la extraña forma de existencia en este mundo devastado por enfermedades, tsunamis, terremotos y guerras de poder económico que nunca tuvieron un buen fin. La codicia de “El capital” se comió a sí mismo; como resultado el holocausto final. En la antigua capital del estado un bunker de protección apocalíptico albergó a tres mil personas, elegidas por edad, salud mental y física, para que la especie no dejara de existir. El equivalente se hizo en todas las capitales de la humanidad belicista. Pasados diez años, aún estando los niveles de contaminación muy altos, formamos unas patrullas de cuatro para buscar por el planeta opciones de garantía de desconocida vida fuera de la carbonera (1), es decir: la nueva normalidad.

No avistamos animales ni plantas, todo estaba calcinado, era un conjunto de arena y tierra mezcladas. Las rocas estaban como fundidas, tal cual la lava ya fría. Los riachuelos secos, ni peces ni insectos.

—Podría haber larvas entre los terruños secos de los barrancos y cuencas de

estos afluentes secos? —Preguntó John para hacernos indagar por su genial idea.

— ¡Podría!, si, podría. —Respondió sin muchas ganas Olga—. Pero no va a ser hoy, tengo mucho deseo de descansar.

Forzamos la marcha y al llegar a la tercera noche, percibimos un hedor que no conocíamos. La luna estaba sumida entre nubes negruzcas producidas por la contaminación de nuestro planeta, su luz era tan escasa que era como si hubiera desaparecido. Los cuatro recordábamos aquel disco que cambiaba su forma y que iluminaba nuestras noches de barbacoa con nuestros padres. A los cuatro nos eligieron para pasar al bunker K1, a los doce años; desde entonces nuestra primera salida era esta, y se hallaba cargada de misterio y nos sumía en un profundo terror a lo desconocido. Durante esos dos lustros estuvimos aprendiendo mediante imágenes vídeos y libros el funcionamiento de las artes de supervivencia, incluida una asignatura llamada filosofía, que nos enseñaba el deseo de vivir.

Por la noche se llega a dos grados bajo cero. Amanece, la imagen que nos ofrecía la luz era efectivamente la del mar, pero que tipo de mar estábamos divisando. Nada parecido con lo que conocíamos. Un fuerte olor a azufre mezcla de petricor en descomposición nos llegaba con intensidad. La luz se intensificaba, e iba calentando aquellas aguas oscuras y apestosas. El calor ya alcanzaba los treinta y ocho grados; hoy podríamos llegar a los cincuenta.

Tomamos muestras de las aguas, su salinidad era realmente excesiva, nos planteamos la idea que el mar muerto era lo que habíamos divisado, pero no podía ser. Según los mapas estábamos en lo que pudo ser el mediterráneo a la altura de Marsella, en el estanque de Thau, y no en el mar como creíamos. Deberíamos dirigirnos a Marseillan Plage, a una o dos jornadas de donde nos encontrábamos.

A pocos kilómetros, nos topamos con una superficie de arcilla rojiza, muy grande, no pudimos calcular su área, pero por las distancias que nos marcaba el binocular podrían ser de alrededor de dos mil metros por tres mil, formando un rectángulo, el resto del contorno, era de tierra negra como todas, volcánica. En esa explanada surgían palos secos parecido a en un bosque, excepto en su centro que logramos contar unos veinte árboles con hojas verdes. John comentó que pudiera haber agua en el subsuelo. Decidimos pasar el día allí, pues el calor ya comenzaba a ser asfixiante.

Decidí de motu proprio, excavar con la pala desmontable del equipo ya que me interesaba saber el motivo de tal hallazgo de vida. Después de cavar alrededor de un metro de profundidad me topé con piedra. Era argamasa. Nos pusimos los cuatro a descubrir más zona y efectivamente era hormigón. Golpeamos con piedras sobre la superficie, pues pudiera ser el techo de un bunker parecido al nuestro. —Debemos encontrar la entrada. —sugirió Annette muy eufórica.

—Sí, tenemos que encontrarla, debe haber vida dentro. —Colette se sumó a la búsqueda de existencia de Annette.

Por los datos de nuestro refugio, la entrada debe estar al norte, en la parte sombría. Cuando el sol bajo de intensidad nos dirigimos en busca de la puerta de la gran superficie. Osamentas de vertebrados aparecían por doquier, de perros, gatos, caballos, vacas, un sinnúmero de animales muertos, el panorama era dantesco. Huesos y más huesos amontonados y esparcidos por todos lados.

— ¡Oh! —Exclamó Annette— Parecen huesos humanos.

Pudimos comprobar que efectivamente tenía razón. No pudimos concretar quien se comió a quién, conjuntamente de restos de animales incluidos de las aves. A unos quinientos pasos montones de calaveras se aferraban a una de la doble gran puerta de material metálico.

—Quisieron entrar al refugio y les cerraron la puerta. —John dejó sentenciado lo que pudo ocurrir el día antes del fin de nuestro mundo. Un ruido férreo nos hizo mirar hacía su procedencia; el portón metálico se abría.

Sacamos nuestros machetes y Annette su pistola star de 9 milímetros. El terror que produce lo desconocido, adrenalina en estado puro, más aun entrando en las sombras de la noche. La puerta chirrió y los huesos de los que quedaron apoyados sobre la mitad de ella cayeron estrepitosamente. Una mujer desaliñada surgió a la intemperie, andrajosa y con gafas de soldador de espejo negro.

—¡Por fin vida! Por fin. —Balbuceaba la recién aparecida, que quedó de rodillas frente a nosotros— Sentí los golpes, esos porrazos me sacaron de mi soledad casi perpetua.

—¿Vive sola? —Preguntó Collette a la recién aparecida.

Desde el interior, una luz impedía ver al completo su enorme capacidad. La mujer nos invitó a pasar y la puerta se cerró automáticamente.

Luminarias de led, convertían el techo en una verdadera feria de luminiscencia dando impresión de luz de día. Una enorme pantalla reproducía una película.

—Señora, ¿qué está viendo? —le pregunté por mi gran interés sobre el cine.

—La grande bouffe. —Replico rápidamente Remi, que ese era su nombre.

—Llevo diez años aquí, casi sin salir, tan solo para sacar los cadáveres al exterior. —Lo que contaba Remi, nos sobrecogió.

Estuvimos cuarenta y cinco horas, descansando, hablando y bebiendo un agua muy fina y saludable y comimos de nuestras galletas y pastillas, pues la comida enlatada que había, estaba caducada y no nos daba muchas garantías. Después de tanto tiempo en soledad, Remi, tenía muchas ganas de comunicarse y entablaba un monologo tras otro contando con pelos y señales lo acaecido en el interior del bunker. Apunté en mi diario lo más sobresaliente de la información, e invitamos a Remi a que nos acompañara en busca de una nueva condición de vida y a poder adaptarnos a lo que quedaba en el planeta. Se negó, comentando que allí estaba mucho más segura, y la edad no le permitía ya desplazarse y menos a la aventura siniestra de la realidad.

—¿Qué llevas escribiendo en tu diario Fran? —Preguntó con curiosidad Collette.

—El final del trayecto de esta gente. —Respondí.

—¿Me dejas leer tu diario? —Annette quería saber y no me negué.

Bajo el calor intenso y protegidos por las lonas térmicas, Annette comenzó a leer voz alta, por el título: Resumen del hallazgo en tierras del sur del país del bunker numero K32 en zona de Marseille.

“Un superviviente, mujer, de nombre Remi. Cuando la extinción se refugiaron unas dos mil almas, esa gente no dejaron entrar a un resto que quedó fuera de la protección del sistema antinuclear del K32. (pienso en los esqueletos de la puerta). La supervivencia en el interior, se hizo muy dificultosa. Los grupos de desconocidos que se juntaron venidos de zonas próximas hicieron muy difícil la convivencia. Un grupo de fanáticos no religiosos, convencieron a las gentes de que allí todos no podrían vivir y que lo mejor era considerar la película de La Grande Bouffe. Sucedió justo lo que el filme estaba sugiriendo a voces. SUICIDIO COLECTIVO. Pasado un año, comieron, bebieron y montaron orgías hasta morir de indigestión y sodomía, más de la mitad de los habitantes. Sacaron los cadáveres al raso. Quinientas personas clericales murieron por consumo de carne de lata en mal estado. De los quinientos restantes hubo una lucha de poder y manipulación, los asesinatos, acabaron con el ochenta por ciento de ellos. De los cien que subsistieron, noventa y ocho, sucumbieron por problemas de corazón, embolias y senectud. Nadie tuvo hijos. Quedaron dos, Remi y alguien más, uno que ella mencionó poco. Supongo que lo dejaría en el exterior del refugio al sacar al último muerto. No pudieron entenderse. A Remi, le gustaba la soledad.

Llegada la tarde, el sol casi en su puesta, replegamos y nos dirigimos al último trayecto para nosotros: el mar. ■

## ■ DESPEDIDA

Hace dos meses conocí a Juana.

Antes de que ella misma se presentara y me hubiera dicho su nombre lo había escuchado un montón de veces por el pasillo.

- Juana, mira cómo me han puesto la ropa, toda arrugada, parece un moco, además, ¡me han perdido otra vez la chaqueta!

- Juana, tú que lo sabes todo ¿dónde está el extremo norte?, que lo veo en la tele y no sé dónde está?

- Juana, ¿sabes si hoy vendrán mis hijos a por mí? Tengo mucha faena, llevo tarde a trabajar... ¿Dónde estaba la parada de autobús?

- ¡Juana!

Supe que era ella nada más verla.

Tenía el pelo blanco nieve, manos grandes, ojos verdes ahora apagados, con pinta de haber sido avispados años atrás. Respondía a todas esas preguntas, unas veces con sorpresa, otras con una sonrisa y, las que más, con mucha picardía.

Me recibió en su habitación de la residencia, impecable. Ya tenía problemas de movilidad pero se notaba que, aún con 90 años cumplidos aquella mujer era, y había sido, un terremoto. Y pronto me di cuenta de que, además, conservaba el nervio por proteger y defender causas perdidas.

Empezó a hablar.

Cuando era pequeña construyó una pancarta con un cartón y el palo de una fregona, y se manifestaba en solitario por el pasillo de casa, con firmeza y convicción: “No volveré a tomar aceite de hígado de bacalao”.

A los catorce años la pillaron pintando en la fachada de su colegio, religioso: “Las alumnas de pago y las gratuitas queremos jugar juntas, abajo el muro”.

A los dieciocho ya escribía y repartía panfletos en la facultad de periodismo, para reivindicar, denunciar, y protestar frente a los abusos de poder, contra las restricciones y contra la falta de democracia.

Allí, en una época convulsa y de cambio, aprendió el significado de “libertad de expresión”, y nunca lo olvidó.

Se dedicó a leer y escribir en los periódicos más progresistas, batallando contra las injusticias y tiranías. También escribió libros, con el machismo y la lucha feminista de la época como protagonistas.

Ya no eran aquellos tiempos, reconoció, pero aún quedaba mucho por hacer, aunque fuera desde una silla en una residencia cualquiera.

- ¡Juana! Hoy han vuelto a poner pescado congelado, y he visto que están sacando esos plátanos verdes incomedibles. Y a ver qué hacemos, que a Pepa le han quitado la bolsa de moneditas de la silla de ruedas, esto no puede ser...

Se acercaban las voces de andador. Los ancianos más válidos se llamaban a sí mismos voces de andador, para diferenciarse de quienes ya no podía ni andar, ni hablar.

Juana se levantó y salió dispuesta a poner orden y concierto. Era consciente de que los demás la veían como su lideresa, confiaban en ella para exponer y defender sus quejas.

Mientras caminaba junto a ella, despacito, giró la cabeza, se paró un momento y miró a una señora recostada en un sillón. Al recuperar el paso me contó, con lágrimas en los ojos, que era Elisa. Habían sido grandes amigas, pero el alzheimer se había llevado su cordura.

Llevaba 4 años en la residencia y había perdido a muchos y queridos amigos. Ya quedaban sólo dos con la cabeza sobre los hombros. Una era Margarita, otra mujer fuerte que había decidido vivir en la residencia para acompañar a su marido, enfermo de párkinson, y que acompañaba a Juana en todas las ideas que se le ocurrían para mantenerse activas y alerta: promovían charlas, juegos de memorias, lecturas... Otro terremoto, pensé.

- Espera, que te presento a Margarita, que le gustará conocerte, aquí no recibimos muchas visitas.

Así que le conté a Margarita por qué estaba yo allí.

Era redactora en una publicación de tirada nacional. Hacía poco que había leído un libro de Juana que me impresionó, y decidí que mi artículo sobre el Día de la Mujer la tendría como referente.

Ahora sé que fue una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida.

Se mostró encantada de contarme su vida desde la primera vez que la visité, y hasta presumía un poco delante de Margarita cuando caminábamos juntas hasta su habitación.

Yo tomaba notas mientras ella hablaba sin parar y me contaba mil y una anécdotas, y tomaba té con leche pacientemente cuando escuchaba el ¡Juana! desde el pasillo y ella salía a ver qué pasaba. Ojeaba mis notas y seguía sorprendiéndome por lo que había vivido aquella mujer, pero sobre todo, por cómo lo había vivido.

Un día, mientras me contaba algunos problemas que había tenido con la policía al cubrir para su periódico unas manifestaciones, se animó a enseñarme sus recuerdos. Supongo que ya confiaba en mí, que ya sabía de mí lo suficiente como para asegurarse de que la entendía perfectamente.

Me pidió que bajara la maleta que había sobre el armario y la habitación se llenó de un olor que yo ya conocía: era el olor del papel viejo mezclado con la naftalina. Había guardado y protegido con cuidado pancartas, libros, artículos, pasquines... Una vida de lucha en las calles armada de palabras de libertad.

Fui a visitarla durante dos meses y podríamos decir que nos hicimos amigas. Al menos yo lo sentí así.

Un día llegué a la residencia y Juana no estaba. Margarita me dijo entre sollozos que la noche anterior sufrió un infarto y había fallecido durante la mañana. Salí desconsolada, ahora yo también había perdido una amiga en aquella residencia.

No me sentía con fuerzas para escribir sobre ella y pensé en cambiar el tema, era demasiado pronto. Pero dos semanas después recibí una llamada de la residencia. Al limpiar su habitación habían encontrado una maleta y una carta dirigida a mí.

Ya sabía lo que había en la maleta, pero la abrí al llegar a casa igualmente.

Desembalé cuidadosamente todas las pancartas, como una especie de homenaje a aquella mujer luchadora, excepcional, que había compartido un poquito de su vida conmigo. Las pancartas estaban viejas, los mensajes se leían a duras penas y la pintura se desquebrajaba aquí y allá, como si también llorara por ella.

Es curioso, pero volver a ver aquellas pancartas viejas me dio fuerza. Ahora sí estaba preparada para escribir sobre Juana. Merecía que se conociera su historia, que otras tomaran el testigo para mantener la lucha. Estaba tan preparada que me senté a escribir, no quería olvidar todo aquello que bullía en mi cabeza, centrada en uno de los mensajes que había extendido en el suelo: "SI ALGUIEN PUEDE, SOIS VOSOTROS".

Y entonces vi el sobre con mi nombre escrito. En el interior sólo había escrita una frase: "SI ALGUIEN PUEDE, ERES TÚ". ■

## ■ CALCETÍN ROJO

Hola, soy Martín, estoy en la boda de mis amigos Fred y Susana. El padrino es George, el hermano del novio.

En el incómodo banco de madera la disertación del sacerdote se me hace interminable. Qué sueño me están entrando, ¡esto es un tostón!, ni que supiesen tanto sobre las relaciones de pareja... Menos mal que luego iremos al restaurante a disfrutar del banquete...

El restaurante es sencillo y está muy bien decorado, todo es muy agradable. ¡Mira! Estamos en la mesa cuatro...

Alguien tropieza con una silla y cae una botella de vino, tintando el gres.

George se agacha con rapidez y moja sus dedos en el Vega Sicilia de 17 años. Así, húmedos, los pasa por su frente y repite el gesto con su hermano, mientras le dice "Fred, vas a tener mucha suerte en tu matrimonio".

Al fondo, Susana, su recién estrenada cuñada, sube a la tarima junto a la orquesta, cumple con la tradición y lanza el ramo hacia sus amigas solteras y... ¡sorpresa! Adela, una atractiva morena con quien compartimos mesa coge el ramo al vuelo, rodeada de risas y aplausos.

La novia está encantada y entre enhorabuenas a su amiga, grita.

- Adela, es una señal, pronto encontrarás pareja y nos invitarás a tu boda, ya verás.

Busca a su ya marido y, a distancia, comparten un guiño cómplice.

No ha sido casual, claro.

George ya se había dado cuenta.

Durante la comida me ha dicho que sospechaba que no era casualidad, que estaba seguro de que los novios le habían sentado en la misma mesa que Adela para que se conocieran.

Adela es psicóloga clínica, especializada en tratar trastornos de la mente compulsiva provocados por las supersticiones.

Y George tiene un problema y lo sabe.

La conversación con Adela le interesa cada vez más y antes de empezar el baile ya se ha comprometido a acudir a uno de sus talleres para analizar sus conductas, esperando que ella le ayude con sus supercherías, sus manías y supersticiones. Quiere acabar con ellas.

Con todas ellas.

Un gato negro acercándose o una escalera abierta le hacían cruzar a la otra acera de la calle.

Buscaba madera para evitar las desgracias que veía o escuchaba.

Andaba esquivaba las rayas o las juntas de los ladrillos para no pisarlas.

Había herraduras colgadas en su casa. Tenía mucho cuidado en mantener los cuadros en perfectos ángulos de 90 grados. Y, para no llamar a la mala suerte, ni siquiera tenía espejos.

Si invitaba a cenar amigos tenían que ser menos de 13 o más de 13.

Y, por supuesto, en los bolsillos de sus chaquetas siempre podía encontrar una castaña borde e incluso una pata de conejo.

A Adela le parece un caso especial y se propone ayudarle, no solo a través de terapia, sino involucrándose personalmente. Le atrae y quiere conocerle mejor.

Con el apoyo de Adela, George aprende a reconocer el sinsentido de sus actitudes, su carácter mágico e inexplicable, la tontería que es pensar que puedan provocar buena o mala suerte. Aprende a entender que, simplemente, ha heredado tradiciones populares y ancestrales, transmitidas de generación en generación, sin base científica y que ha dejado que le dominen.

Pasan mucho tiempo juntos y van enamorándose. Adela va proponiendo retos cada vez más difíciles, y George va superándolos:

- Pisar rallas en los suelos, hecho.
- Tirar la pata de conejo y las castañas, hecho.
- Sentar a 13 amigos a cenar, hecho.

Y así con todas.

Poco a poco, George ha ido cambiando rutinas y sus trastornos compulsivos y las supersticiones han ido desapareciendo. Su vida ya no es la misma, ¡es mucho mejor!

Tras dos años juntos, seguros de sus sentimientos, George y Adela comienzan a hacer planes de boda.

A sólo dos semanas del gran acontecimiento de sus vidas, salen a correr una tarde soleada de primavera. Como siempre, quedan en la entrada del parque.

- Adela, no tardes en cambiarte, eh, que luego se nos hace muy tarde, dijo George justo antes de colgar.

Pasan 5 minutos. 10 minutos. 15 minutos.

Adela no suele hacerse esperar, así que George no tarda en preocuparse, su prometedida empieza a retrasarme mucho.

No responde al teléfono y vuelve a casa muy preocupado.

La encuentra despeinada, sin vestir, recorriendo la habitación con la cara desencajada, abriendo cajones y puertas, rebuscando entre los cojines del sofá, con un calcetín rojo en la mano.

- ¡Qué ha pasado! ¿Estás bien? ¡Dime que estás bien!

Almohadas, ropa, libros por el suelo... alfombras levantadas, muebles movidos... Parece que ha pasado un tornado.

Sortea el desastre como puede y comprueba que ella está bien. No parece herida, pero sigue como ausente.

- ¡Adela! ¿Nos han robado? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

- ¡No!, grita ella.

En pie en medio de la habitación, parece que se da cuenta de repente de lo que pasa a su alrededor.

- ¡Falta un calcetín rojo! Llevo una hora buscándolo. Sabes que los utilizo para correr y solo he encontrado uno. Son mis calcetines de la suerte. ¡Sabes que sólo corro con ellos! Si no me lo pongo seguro que me caigo, o me rompo una pierna o, peor aún, tengo 5 años de mala suerte. He rezado el Padrenuestro al revés tres veces. He atado los cojones a San Cucufato tres veces. ¡Si hasta he puesto una vela al Patrón de los Imposibles! Ya no sé dónde buscar, no podemos ir a correr, no puedo salir sin mis calcetines rojos.

George está confuso y pensativo.

Lentamente, se quita la camisa, se la pone del revés, con la etiqueta delante, sale a la calle, busca una mierda de perro y la pisa con saña. Venga, piensa, no pasa nada, ahora me esperan siete años de bonanza.

Despierto justo en ese momento.

El larguísimo y aburrido sermón me había trasportado al país de los sueños.

Salimos a la puerta de la Iglesia y, mientras lanzábamos el arroz a los novios para desearles prosperidad y abundancia, una paloma dejó caer su excremento en mi cabeza. ¿Será una señal? ■

## ■ EL REENCUENTRO

Mientras merendaba calabaza asada y un vaso de leche de soja con café pensó que era el momento de empezar a escribir. Estaba feliz: se había lanzado después de una eternidad. La cocina amplia y alegre de luz era un buen marco para hacerlo. Ella, sola y tranquila aquella tarde rodeada de acogedores azulejos blancos que iluminaban toda la estancia. Una cocina llena de vida: su Madre cocinaba todos los días, su sobrino de año y medio abría puertas y sacaba latas de conserva, botes de papilla y lo que le daba tiempo antes de que algún “mayor” le hiciera desistir de su enfervorecida actividad. Su Padre desayunaba y leía “El País” impregnando cada mañana de aceite su contraportada, justo lo que a ella le gustaba leer: esa cálida entrevista a una persona, siempre interesante, que se suele titular “Desayuno con...” o “Café con...”. Títulos que dan una idea de lo distendido de la entrevista, aunque a veces se traten asuntos complicados. Y aunque aceitoso, muchos días a ella también le gustaba leer el artículo de opinión.

¿Por qué había vivido tantos años sin escribir...? Pereza, dejadez, podrían ser y serían parte de las razones. Pero hacía tan solo un rato, justo antes de empezar a escribir - de hecho esa fue la idea detonante que le empujó a no demorarse más, a no convertir ese deseo de hacerlo en una idea más de su gran saco perdido en el limbo de los sacos rotos - le había como chispeado la idea de que escribir es elegir, escoger, definir y definirse, discriminar por tanto y ella, siempre estaba con su nebulosa mental, con sus pensamientos, con la abstracción de estos y con la bonita sensación de sentirlo y pensarlo todo y no tener que elegir. Quizás parte del motivo de su inactividad fuera este pero sabía que solo podía ser parte.

Había escrito de adolescente, movida por la locura que sentía por dos amigos. Ellos eran su debilidad: esa pasión obsesiva que se da tan en carne viva a esa edad. Pensó enloquecer e imaginaba siempre su vida con ellos. Escribía un relato dialogado en el que se reencontraban con el paso de los años. Recordó que había escrito esta historia durante un tiempo, un verano y estaba casi segura de que no la había terminado y de que, si la buscaba en su antiguo armario, allí estaría.

Siempre había escrito eran muchas cartas. Desde que nació pasaba sus vacaciones en un pueblo de Cuenca. Eran, especialmente los veranos, los días soñados durante todo el año. Días mágicos de verbenas, amigos, familia, broncas parentales, alcohol, desamores y amores... Veranos de ilusión. La vida concentrada en un mes. Todo tan intenso como una gran fiesta cada día, cada tarde, cada noche, en la que el tiempo pasaba rápido y denso, como el viaje por un tobogán de vértigo. Y en su mente todos los veranos había una alarma que se aceleraba a mitad de mes y tachaba con una cruz cada día de agosto que pasaba.

El resto del año, durante el curso escribía larguísimas cartas a sus amigos. Sabía que su necesidad y ritmo epistolares eran superiores al del resto de la gente y aunque a veces le dolía no echar al buzón las cartas- por la pereza de comprar tantos sellos-, se acababa conformando y las guardaba dejándolas reposar de tanto desasosiego dentro de un bolsito de lana azul que había hecho con punto de media. Tanta vida de letras abrazadas y guardadas.

Una vida, la epistolar que le ayudaba a desahogarse, a relajarse, a definir más sus ideas y sentimientos. Siguió escribiendo largas cartas a los veinte años, a sus amigos de siempre y a los que hizo en sus estancias en el extranjero. No entendía su vida, ni se la podía imaginar sin la correspondencia. Pocos momentos podían hacerle más ilusión y darle más placer que entrever un sobre con su nombre y apellidos en del buzón y pocos podían llenarle tanto como encontrar ese momento de intimidad y leer la carta y escribir y contestar pronto.

Ella necesitaba comunicarse, sentir que las personas que tanto quería de su agosto feliz estaban en su día a día, más allá de un mes de verano al año. Necesitaba sentir también a los amigos que hizo en Virginia y en París, que le recordaran que el sueño de los meses allí vividos había ocurrido. Tener carta de Maïke o de María, amigas de los meses parisinos le daban aliento en su incierto día a día que ella sentía como una clausura. Necesitaba que esas cartas la iluminaran y empujaran dando soplos de alegría a una vida que ya no sería la misma.

Siempre había pensado en la capacidad y virtud de los escritores para “vestir el traje” de otros seres, de otros sexos, de otras edades, de otras épocas. Le admiraba esta mágica habilidad y pensaba que ella nunca sería capaz de desarrollarla, si es que se esta se podía hacer como tal. ¿No serían los escritores como los Chamanes de las antiguas tribus...? Ya desde el nacimiento saben que son especiales, que tienen ese don y que lo van a potenciar y a desarrollar con una función social a lo largo de su vida. Pensaba “¿cuántas personas son grandes lectoras...? Pero no me las imagino escribiendo un renglón...”.

Nunca había dejado de sorprenderle la habilidad de los escritores y se preguntaba cómo podían reunir y encajar palabras que describieran tan bien e hilaran tan fino los estados psicológicos, anímicos, pensamientos y razonamientos de sus personajes. ¿Cómo podían conseguir que nos emocionáramos, nos identificáramos, lloráramos, sintiéramos temor, sonriéramos...? ¿Que extraño poder manejaban estos “chamanes”? Le gustaba sentirlo y también lo temía.

Pensaba que escribir bien era algo que solo podían hacer unos pocos y aunque ella había sentido la necesidad de hacerlo en muchos momentos de su vida, quizás era tan solo a modo de desahogo, como cuando sientes que necesitas y deberías ir al psicólogo o hacer algo catártico.

Hacía algunos años, su amiga Romina había escrito un cuento. Había descubierto con admiración su don para reunir preciosas palabras que hilaban una original historia.

Le había sorprendido la belleza del relato, la sensualidad de sus palabras, de sus descripciones, de sus colores y sabores que parecía poder tocar, oler, ver... ¿Cómo se puede escribir un cuento así sin más, de la nada...? se preguntaba admirada. Pensaba que si algún día volvía a escribir siempre iba a ser sobre ella misma o personas allegadas porque carecía de esta inventiva. Le parecía tan fuera de su alcance y capacidad escribir un cuento, como inventar un chiste o contarlo. El cuento de su amiga fue publicado por el padre de ella que tenía una pequeña editorial en Tánger.

No escatimaron en recursos y dieron a luz a un pequeño “Cuento-Joya” que había olvidado en casa de su prima en Madrid y que quizás pronto recuperaría.

El día anterior al empezar a escribir sobre el hule- de un bien logrado híbrido entre tela y plástico- en la cocina de la casa de sus Padres, se dio cuenta al dar la vuelta al montón de folios sobre el que apoyaba su escritura que el último, estaba completamente impregnado de algo aceitoso. Su Padre no era tan desastre desayunando como su Madre y ella le decían. Lo era sí, en su forma de actuar en general, “un atrollao”, un despistado sin paciencia con un cerebro prodigioso. “Atrollao” pensaba ella que era la derivación que se daba en el pueblo de sus padres de la palabra “atropellado”, igual que la palabra “mijaja” procede de “migaja”...

Se había dado cuenta de que le quedaba poco tiempo para enviar su escrito y seguía pensando en su costumbre de dejar las cosas siempre para el final- ¿era adrenalina lo que segregaba? ¿se habría vuelto adicta a ella, a la emoción de llegar en el crítico momento a todas partes...? En este caso había leído la convocatoria del taller de Carmen Amoraga y la clase magistral de Susana Fortes, pero no recordaba bien las fechas; por medio había estado unos días en el pueblo con lo que esto conllevaba y en este caso a modo de propina por un viernes de juerga: un buen catarro. Al volver a Valencia le costó un rato recuperar la información en internet, llamó a la biblioteca de Picanya y una chica con una voz dulce y amable le informó: no era necesario que se desplazara hasta allí. Imaginaba la idílica vida de Carmen Amoraga, la escritora que impartía el taller de escritura en este pueblo, tan cercano y tan desconocido para ella...Se la imaginaba así porque la leía y seguía en la plaza del pueblo global llamada facebook...

Había comentado su “hazaña” con su hermana pequeña y dos amigos: estaba escribiendo para optar a un taller de escritura. Claro que era importante que la seleccionaran. ¿A quién iba a engañar...? Pero también sentía que, aunque no resultara elegida para asistir al curso, solo el hecho que este la hubiera motivado lo suficiente para sentarse, olvidándose por completo de sus miedos, de su pereza y de la sensación de no ser capaz, había merecido la pena. ■



Barranco de Picanya

## ■ CONFORMISMO O LA LUCHA POR LA LIBERTAD

A fecha de hoy, si echo la vista atrás pensando en la vida que me ha tocado vivir, me doy cuenta de que soy una mujer luchadora.

Siempre había sido una niña exasperadamente reservada, aun habiendo comenzado una relación estable con tan solo diecisiete años, me costaba hablar abiertamente de las cosas que me perturbaban diariamente, incluso con mi pareja. Por poner un ejemplo, mis padres me instaron a estudiar una carrera, Pero ¿cuál debía elegir? Para mí tomar esta decisión ya era una tarea ardua y complicada.

Pensé que Psicología tendría una buena salida laboral y me dediqué en cuerpo y alma a sacar los cinco años de carrera, pasando muchos nervios y muchas horas de trabajos y estudios, cada examen que tenía que realizar se transformaba, sin yo quererlo, en un esfuerzo emocionalmente colosal.

La mayoría del profesorado estaba compuesto por hombres, ese aspecto no me hacía sentir cómoda, no percibía empatía por parte de ellos en esos días que me sentía hormonalmente alterada ¿De verdad ninguno de ellos tenía una hija de mi edad? Era lo que había en esa época estudiantil, pero eso debía de cambiar.

Las mujeres debíamos hacernos valer y demostrar que podíamos desempeñar esos puestos de trabajo. En esos primeros pasos me sentía imparable. Pero los problemas aparecieron antes de lo que me hubiese gustado, justo cuando comencé las prácticas de dicha carrera. Debía entender y analizar los sentimientos, de manera crítica y constructiva, y a la vez no sentirme embriagada por esos sentimientos.

Entonces descubrí que no estaba forjada a fuego y que mi corazón no podía pasar de los problemas ajenos a mí. El hecho de que el jefe del departamento de recursos humanos me dijera que tenía que decirle a un trabajador, considerado para ellos un insignificante número de expediente, que no iba a ser renovado su contrato laboral, y este pobre padre de familia deshiciese ante mí su rostro en mil pedazos, sus ojos inundaron de lágrimas toda la oficina, porque necesitaba trabajar para llevar una humilde hogaza de pan a una casa con cinco miembros. Eso empezó a hacer mella en mí. Yo no servía para esto, no quería convertirme en ese tipo de persona y no me gustaba lo que me exigía ese trabajo, así que no me veía capaz.

Lo que en un principio resultó una aventura ilusionante, acabó apagando una parte de mi ser. Yo no estaba hecha para esto. Entonces, ¿Para que servían los cinco años de carrera? ¿Dónde encajaba yo? Ese mundo era muy complicado. La vida en sí es complicada. Demasiado difícil para unas, y no tanto para otros.

Acabé la carrera, sí. Pero y ahora, ¿Qué? que se suponía que debía hacer con un título universitario guardado en un cajón y sin ninguna experiencia laboral, en ese mundo repleto de tiburones blancos. ¿Me equivoqué de carrera? ¿Me inculcaron que no estaba hecha para ello?

Años después, me inicié en el mundo laboral en un supermercado de cajera durante unos meses. Mi pareja me decía que debía de trabajar, eso era lógico, porque él estaba sacrificándose, trabajando duramente en el extranjero, para poder aspirar a tener un nivel de vida que yo jamás había podido experimentar.

El trabajo, aunque no era muy gratificante emocional y económicamente, a mí me hacía sentir bien. Pero el estrés diario y la presión ejercida por parte del jefe de tienda, exigiéndome acudir maquillada todos los días al trabajo, cosa que no me era agradable, pues a mí me educaron que con la cara lavada y bien peinada era lo que mostraba la verdad de la persona que se tenía enfrente.

Y el contrato terminó, no me renovaron y estaba otra vez en el paro. Pero ¿Por qué no lo hicieron? ¿Tan mal había desempeñado mi labor? ¿O era porque no había tragado con todas las ordenes injustas que querían que hiciera? La verdad es que nunca supe cuál fue la razón, la tristeza me invadía, mis hermanos no estaban cerca para apoyarme en esos momentos de lucha emocional contra mí misma, en los cuales mi pareja me instaba a seguir buscando trabajo, pues él decía que no podíamos bajar el ritmo de ingresos, y que era mi obligación meter dinero para la compra del piso de nuestros sueños, o ¿Era el suyo?

La vida giraba muy rápidamente y yo sentía mucho vértigo.

Mi hermana volvió a nuestra ciudad natal, Valencia, donde yo siempre había residido, ella entró a trabajar en un centro de mayores y me consiguió trabajo de recepcionista. Llegué el primer día muy ilusionada, pero cuando empezaron a explicarme en qué consistía mis labores mi cara cambió a modo pánico.

Una recepcionista, rellenando documentos, contestando al teléfono, atendiendo a las visitas, y para mi sorpresa, levantando a ancianos, aseándoles cada mañana sin olvidar de tener que dejar la habitación lista para que pasara el servicio de limpieza, todo ello en un tiempo de plusmarca olímpico, sin titulación ni experiencia previa; y mi diploma cogiendo polvo en el cajón.

Recuerdo que desde la auxiliar, pasando por la cocinera, enfermería y la gobernanta de la misma, todas éramos mujeres. Todas, menos el médico. El trabajo mejor pagado era para un hombre y el trabajo menos grato y más duro era para nosotras, sin olvidar, de nuevo, las exigencias machistas por las que nos obligaban a ir vestidas con falda hasta la altura de la rodilla, no más. No nos dejaban llevar pijama de auxiliar. ¡Había que dar buena imagen a la empresa! nos decían las jefas, que tenían que llevar el mismo atuendo femenino, olvidándose la empresa de la importancia de realizar nuestro cometido diario de manera cómoda.

Pero todo no iba a ser amargo en la vida y llegó el día de mi boda. Estaba radiante, y contenta. Era el centro de atención y era mi momento. Lo disfruté como una niña cuando va por primera vez a un parque de atracciones. Durante unos días olvidé las preocupaciones laborales, y solo me propuse disfrutar del viaje y de esa nueva etapa.

Poco después de venir de la luna de miel, la realidad me golpeó con fiereza. Mi querido esposo me instó de nuevo a buscar trabajo para poder incrementar el colchón de ingresos

familiares. Y así hice, entré a trabajar en un supermercado, otra vez de cajera, y otra vez debía de ir maquillada, en falda, medias y tacones diariamente: el rol de la belleza y las mujeres.

Iba todo muy bien en el trabajo y en casa, incluso me dijeron que iban a renovarme y hacerme fija. Me quedé embarazada y sabía que para la empresa una mujer con cargas familiares no salía rentable, aunque lo disimulaba bien, tuve que decirlo en el trabajo. Quince días antes de finalizar el contrato me hicieron saber que no me renovaban. De nuevo parada y con un bombo.

Suerte que él trabajaba, y la ilusión de traer un retoño a nuestras vidas hizo que llevara a buen término el embarazo y el parto. Estaba ilusionada con esta nueva etapa y el haber dado un paso más. Llegó mi pequeño, ¡era madre!

La primera noche del niño en casa lo cambió todo. El pobre no paraba de llorar, yo suponía que sufría cólicos, cuando él, de repente se levantó de la cama y se dirigió a la habitación del bebé, lo alzó entre sus grandes manos y lo zarandeó chillándole e indicándole que debía callar y dejarle dormir. Esa fue la primera de muchas discusiones. Parecía que en sus planes no estaba contemplado el gasto económico que suponía traer un hijo al mundo.

Entonces, ¿Por qué quiso que tuviéramos un hijo? En cuestión de días la ilusión de formar una familia se desquebrajó como cristales golpeados por el viento. Pero eso solo fue el comienzo, ocurrirían cosas que harían que abriera los ojos y viera la realidad de la persona con la que dormía cada noche. Esta vida no era la que yo soñé. Solo quería un padre para mi hijo y un compañero para el trayecto en el discurrir del sendero de la vida.

Cuando mi niño cumplió dos años le diagnosticaron TEA. Había mucho trabajo que hacer y mucho que aprender para poder ayudarlo y educarlo. La vida no iba a ser fácil para él, ni para nosotros. Toda mi familia se volcó en ayudarnos. Mi hijo fue creciendo y con él los problemas familiares. Padre e hijo chocaban, y eso fue el comienzo de mi abandono personal. Mi trabajo a partir de aquel momento era que dentro de casa reinara, en la mayor medida de lo posible, la paz. Ahora sí que me venía bien ese título de psicología. Era la cuidadora y madre de un niño que necesitaba atención las veinticuatro horas del día. El tiempo discurría sin darme cuenta del paso de los años.

Estaba tan convencida de que vivir así era lo correcto que no veía más allá. ¿Qué había fuera de estas cuatro paredes? ¿Era feliz? ¿Mi hijo era feliz? pero después de la tormenta siempre vuelve la calma. De nuevo tuve que tomar decisiones difíciles y radicales para el bien de mi hijo y el mío propio.

Me divorcié. Nuestra vida cambió, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados y jamás me arrepentí de las decisiones tomadas en aquel momento crucial de nuestras vidas.

Ahora trabajo de nuevo, me gusta mi vida y no recibo ordenes de nadie. ■

Yo era el General del Quinto cielo  
uno de los gobernantes del mundo  
En mí residía la fuerza y la voluntad,  
y era servido por millones de Ángeles.  
Todos amaban a mi padre, incluso yo,  
su amor para él, la indiferencia para mí.  
Mientras yo hacía su trabajo en la Tierra,  
Él disfrutaba de agasajos y yo arrancaba vidas.  
Hacía el trabajo sucio que nos encomendaba, un día tras otro,  
pero nunca le parecía suficiente, siempre quería más.  
Ni las gracias daba, solo se contentaba viendo a esos seres inferiores  
deambular por el mundo que creó para ellos,  
pero bien venía a dar órdenes, cuando los diminutos humanos  
se descontrolaban y no podía aguantar ver su sangre derramada,  
entonces sí, entonces el querubín más poderoso limpiaba sus bajos fondos  
y contento quedaba, y lo hablaba con su mano derecha Miguel.  
Mientras, mi pena aumentaba al mismo ritmo que mi rabia, por su desdén  
hacía mí, y el resto de los trabajadores a su servicio.  
Decidí quejarme por tal comportamiento, indigno de un Dios,  
a mí entender. Debería de ser Él, mi padre, el que los cuidase,  
haberlos dotado de más sensibilidad y menos irascibilidad.  
Siempre peleándose, luchando y matándose.  
Padres a hijos, hijos contra padres, y la mujer a un lado,  
débil, porque así lo decidió él. Pero ellas serían la nueva semilla,  
engendrada para dominar el mundo, por haberlas infravalorado.  
Tiempo al tiempo, aún quedaban miles de años, pero lo lograrían.  
Mi queja cayó en vacío, y mis alas se oscurecían por la tristeza acaecida.  
Un día decidí decir basta. Ya no quería matar para mi padre.  
Si quería que lo hiciera él mismo, o su querido Miguel.  
Mi luz se iba apagando. El blanco de mis alas ahora teñía oscuridad.  
Una oscuridad que iba propagando hasta alcanzar los límites de mis reinos  
Padre se enfadó y me condenó, por según él yo querer su sillón de Oro.  
No entendía nada, y así seguiría hasta a día de hoy.

Los humanos no empatizan entre ellos.

Hubo aniquilación de civilizaciones enteras, Padre seguía sin hacer nada, sin pararles los pies, y yo, desde las profundidades del inframundo, en el lugar donde enviaba al humano considerado impuro para estar arriba, me decía a mí mismo que, aunque condenado estaba, hice bien dejando de trabajar para Él.

Algún día regresaría y me diría que se equivocó, que yo tenía razón.

Que desde que los creó para su divertimento, solo hicieron mal al prójimo.

Esperaré, sí. Aquí cabizbajo en mi trono, a que regrese y me diga la única

Palabra que nunca me dijo. Que me quería también. ■





Mario Caballero  
Maribel Bascones  
Sefa Lafuente  
Constanze Waliño  
Paqui Serrador  
Aure Lerma  
Majo Juarez  
Gustavo Zaragoza  
Xelo Mañas  
R. Fran de Rois  
Inés Sapiña  
Elena Navarro Eslava  
Manu Lecha



*Generación*2014